

GÉNESIS DE LA SOCIOLOGÍA EN AMÉRICA LATINA: EUGENIO MARÍA DE HOSTOS Y ENRIQUE JOSÉ VARONA

PABLO GUADARRAMA GONZÁLEZ¹

Resumen

Entre los principales antecedentes de la sociología en América Latina se encuentran los trabajos de Hostos y Varona. Imbuidos por la perspectiva positivista dominante en esa época. Sin embargo, no se dejaron conducir de manera dogmática por esta postura epistemológica y supieron desarrollar una visión propia de los fenómenos sociales. Utilizaron sus instrumentos sociológicos para analizar varios de los fenómenos de sus respectivos países y del desarrollo social en general como el progreso, las desigualdades, la pobreza, la educación, la democracia, la prostitución, etc., con la convicción que sus ideas podrían contribuir al perfeccionamiento de la sociedad.

Palabras claves: sociología, positivismo, evolucionismo, progreso, patriotismo.

¹ Académico Titular de la Academia de Ciencias de Cuba. Doctor en Ciencias (Cuba) y Doctor en Filosofía (Leipzig). Profesor de Mérito de la Universidad Central de Las Villas. Santa Clara. Cuba. Actualmente es profesor de la Universidad Nacional de Colombia y de la Universidad Católica de Colombia.

Summary

The main history of sociology in Latin America include works of Hostos and Varona. Imbued by the dominant positivist perspective at that time. However, did not let themselves lead in a dogmatic manner by this epistemological position and knew how to develop a vision of social phenomena. They used their instruments sociological to analyze several phenomena in their respective countries and the social development in general as progress, inequalities, poverty, education, democracy, prostitution, etc., with the conviction that their ideas could contribute to the improvement of society.

Words key: sociology, positivism, evolutionism, progress, patriotism.

* * *

Eugenio María de Hostos nació en Mayagüez, Puerto Rico, (1839) y aunque vivió la mayor parte de su vida en varios países, siempre participó activamente en las luchas de su patria y de Cuba por la independencia, como se aprecia desde su primera obra literaria *La Peregrinación de Boyoán* (1863).

A partir de 1852 estudió derecho en España donde recibió la influencia del krausismo. En la metrópoli apoyó el proceso republicano y estableció amistad con algunas de las grandes personalidades intelectuales de esa época como Salmerón, Azcárate, Pí y Margall, Sanz del Río, Castelar, etc. Pronto se percató que los liberales españoles no apoyarían el proceso independentista de las colonias, ni la abolición de la esclavitud por lo que por esa razón se distanció de ellos, aunque mantendría su identificación ideológica con el liberalismo. Buscó en París y Nueva York apoyo entre cubanos y portorriqueños para la causa independentista cultivando la idea de crear una Federación Antillana.

Tuvo varias estancias de trabajo en Colombia, Perú, Venezuela, Argentina, Estados Unidos y Brasil, pero fue en Chile y República Dominicana donde mayor actividad intelectual y especialmente

pedagógica desplegó. En este último país falleció (1903). Allí se le rinden merecidos altos honores por sus aportes a la educación, especialmente con la creación de la Escuela Normal forjadora de nuevos maestros. El conocimiento de estos países, donde participó en la vida educativa, política e intelectual contribuyó a forjar en él un profundo espíritu latinoamericanista.

Sus obras sociológicas, jurídicas e históricas de mayor importancia fueron *Lecciones de Derecho Constitucional* (1887) *Moral Social* (1888) y su *Tratado de sociología* (1904), considerado como el primer libro sistemático de esta disciplina escrita por un latinoamericano.

En la época de su mayor actividad intelectual a fines del siglo XIX era predominante en América Latina el positivismo² por lo que su influencia en las ideas sociológicas y educativas de Hostos sería muy significativa³. Aunque en ocasiones se puede observar la huella de Comte –a quien considera el pensador más efectivo del siglo XIX⁴– en algunas de sus ideas sociológicas en verdad las asumió con distanciamiento crítico, en cambio sus aproximaciones a las posiciones del evolucionismo de Bain, Mill y Spencer son más apreciables.

Su actividad revolucionaria por la independencia cubana y portorriqueña se incrementó considerablemente en la última década del siglo XIX. Su entrevista con el presidente norteamericano Mc Kinley le permitió percatarse de las verdaderas intenciones de la intervención en aquella guerra.

Su obra intelectual ha sido recopilada en veinte tomos y es altamente valorada más allá del ámbito latinoamericano⁵. Con razón es considerado uno de los pioneros en cultivar la sociología en esta región⁶, en forma y estilo similar a la que en esa época desarrollaban tales estudios investigadores de otros países en otras latitudes⁷, a partir de su erudito conocimiento de la historia universal y latinoamericana en particular⁸.

Sería erróneo presuponer que los análisis sociológicos de Hostos se basan exclusivamente en la valoración de acontecimientos históricos o

de la resultante del compendio de hechos sociales. En verdad partió de una concepción filosófica y metodológica mucho más elaborada en la que preocupación por explicitar sus fundamentos ontológicos y epistemológicos se hace evidente al dedicarle a este tema el primer capítulo de su sistemático estudio de sociología.

Cuando el pensador portorriqueño plantea que «todo lo cognoscible es una realidad, sujeta a un orden que obedece a leyes, y nuestros medios de conocer corresponden exactamente a la percepción de la realidad y a la afirmación o enunciación de leyes que producen ese orden»⁹, deja muy clara su postura en perspectiva de optimismo epistemológico de la posibilidad real que tiene el hombre de conocer las leyes que rigen tanto la naturaleza, como la sociedad y el propio pensamiento.

De forma muy didáctica define que: «La sociología es la ciencia de la sociedad, o en otros términos, es la ciencia que tiene por objeto el estudio de las leyes de la sociedad, con el fin de facilitar el conocimiento de las bases naturales de la organización social, en primer término, y en segundo término, con el fin de obtener así la mayor felicidad social que sea posible»¹⁰.

En otro momento considera que: «Sociología es la ciencia primaria, abstracta, intuitivo-inductivo-deductiva, que estudia las leyes naturales en que se funda el orden de la realidad social.»¹¹

Especial atención le otorgó a la cuestión del método en la sociología, pues con razón sostenía que «La Sociología es como toda otra ciencia: necesita de un procedimiento propio, fundado en las condiciones reales de los conocimientos que ha de suministrar y en las funciones efectivas de la razón que ha de adquirir esos conocimientos. Para saber, pues, cuál ha de ser el método de la Sociología, debemos tener en cuenta, en primer lugar, que es una ciencia abstracta o de conocimientos generales, o que tiene por objeto exclusivo la indagación de leyes de la naturaleza, y en segundo lugar, que los conocimientos que ha de suministrar tienen que presentarse a la razón en forma de conjunto, colección o sistema, tanto por el carácter de la ciencia misma, como en cuanto a que los fenómenos que se estudian se presentan seriados»¹².

Y de una forma mucho más especial analiza la problemática metodológica en esta disciplina al plantear: «Nosotros, por nuestra parte, podríamos decir que el método verdadero de la Sociología es el inductivo-deductivo, porque su verdadero procedimiento es el experimental. Así, pues, el método propio de la ciencia social nos obliga a sistematizar las inducciones que nos suministra la vida de los hombres, en la Historia, y las deducciones que nos ofrezcan los principios a que inductivamente hayamos podido elevarnos. Como el examen de los hechos de la Historia, para ser fiel, ha de estar constantemente contrastado con la naturaleza del ser que lo realiza –lo que equivale a decir contrastado con la sociedad–, el procedimiento de la Sociología ha de ser de observación, analogía y experimento: de observación, en cuanto a los hechos mismos; de analogía, en cuanto a que los hechos se refieren a un ser de naturaleza propia, y de experimento, en cuanto a que sólo en la repetición lógica y congruente de los hechos podemos fundarnos, para declarar que hay un orden dado en la naturaleza de la humanidad»¹³.

El estudio de la historia constituía el pilar fundamental de sus análisis sociológicos¹⁴, pues su perspectiva positivista le inducía a buscar en los hechos –en correspondencia con el empirismo propio de esta filosofía según la cual «ya no estudia las causas primeras, sino la correlación de las causas y los efectos»¹⁵, la demostración de la existencia de leyes sociales, como expresión de leyes naturales. Pero saber diferenciar muy bien la historia narrativa, que puede reducirse a una especie de descripción poco aportadora en cuanto al descubrimiento de las leyes que rigen de la sociedad, de la historia crítica que si puede y debe desempeñar ese papel. Pero no solo de la historia debe nutrirse la sociología sino de la economía, la antropología, la psicología, etc., que en aquellos momentos también se encontraban en una fase germinal.

El reduccionismo epistemológico que es propio de los enfoques positivistas, –si bien como plantea Carlos Rojas Osorio no compartiría integralmente todas las tesis del positivismo¹⁶–, condujo a Hostos a considerar la sociología como una especie de ciencia natural, ya que concebía el hombre subsumido en la naturaleza. A su juicio: «Por

deducción, sabemos ya que, puesto que hay un orden de la naturaleza, tiene que haber un orden de la sociedad, que no es más que una parte o aspecto de la naturaleza general. Hasta podría afirmarse que el orden de la sociedad es el mismo de la naturaleza general, y que, así como este orden no es más que el resultado de la infalible correlación de causas y efectos, el orden de la sociedad no es más que el resultado de esa misma correlación».¹⁷

Para el pensador portorriqueño el carácter de la sociedad se expresa que: «La sociedad humana es un todo natural, de carácter universal, sujeto a leyes también universales»¹⁸.

Consideraba a la sociedad como un organismo biológico, pues para él «la sociedad es una realidad viva, un ser viviente»¹⁹, podría llegarse a pensar que tales criterios lo hubiesen conducido a un naturalismo extremo, pero en verdad no fue así. Aunque, pudiese llegar confundir, pues cuando plantea que «el ser social vive como todos los seres de la escala zoológica, en virtud de funciones de su vida»²⁰ y al proponer que «nos toca establecer demostrativamente la existencia de un orden natural de la sociedad»,²¹ así como cuando considerase que «*la sociedad es una realidad viva*. Es decir, que afirmamos una realidad viviente. Por tanto, afirmamos una realidad biológica. Por tanto, afirmamos una realidad orgánica»²², aun así su estimación del valor de la actividad humana es altísimo y por tanto fue capaz de distinguir lo sublime y superior a la naturaleza que se aprecia en la actividad humana por su desarrollo espiritual.

En correspondencia con el biologismo social que prevalece en su concepción del mundo, que evidencia algunos elementos de naturalismo fatalistas²³, planteaba la existencia de «enfermedades sociales» ya que, *según su criterio*: «Las sociedades, como los individuos, están sujetas a enfermedades. Esto, por una parte, está dentro de la Ley de Progreso, y, por otra parte, es resultado de la Ley de los Medios. En virtud de la Ley de Progreso, todo cuanto es capaz de crecimiento, es susceptible de decrecimiento. De aquí, enfermedad. En virtud de la Ley de los Medios, toda fuerza debilita su acción, según el medio. De aquí, también, enfermedad»²⁴. Desde la perspectiva actual tal consideración puede

resultar simplista,²⁵ sin embargo si se tiene en justa consideración el auge de la biología y en particular de la teoría evolucionista en aquella época era lógico presuponer la admisión de una presunta validez de muchas de las leyes naturales en la esfera de la sociedad.

Para Hostos el núcleo germinal de la sociedad lo constituía la familia. A su juicio: «La familia, primer fundamento social, es decir, corporativo, por ese carácter corporativo, es el cimiento más fuerte, puesto que es el primero, puesto que está exclusivamente compuesto de elementos, de individuos, de la verdadera célula social. Siendo, por naturaleza, el cimiento social, la familia ha propendido, desde el primer momento de su institución, a ser en todas partes un abreviado de la sociedad general»²⁶

Producto de su biologicista proyección de la sociedad consideraba que esta era propensa de determinadas «enfermedades». Al analizar lo que consideraba las enfermedades de carácter económico, planteaba que: «El cuerpo social, lo mismo que el individual, puede sufrir las consecuencias del hambre, entre las cuales, la miseria fisiológica, la anemia social y el pauperismo, son las de carácter más notable»²⁷. Y en el caso de las de carácter político consideraba «las tres enfermedades políticas que devoran todavía a todas estas pobres sociedades. Esas enfermedades son: el *politiqueo*, el *militareo*, y el *revolucionismo*».²⁸ Sin duda la visión que tuvo sobre las revoluciones y el socialismo estaba vinculada a las acciones de los anarquistas por una parte, pero también a procesos como la Comuna de París, aunque también a los momentos más radicales de la Revolución Francesa.

Su visión del socialismo era producto de una visión algo maniquea del conflicto social entre colectivismo e individualismo²⁹, como fue propio a muchos pensadores no solo del siglo XIX, sino hasta nuestros días que han considerado al socialismo como aquella sociedad en la queda aplastada la individualidad. Tal vez la experiencia del estalinismo con la supuesta «dictadura del proletariado» convertida en dictadura del partido, y de su secretario general producto del sustitutismo de poderes denunciado por Trotsky, contribuyó considerablemente a dar sobradas justificaciones para tales criterios.

Planteaba la existencia de enfermedades intelectuales de la sociedad, las cuales hacia depender en gran medida de factores del medio geográfico³⁰.

Pero ni en uno ni el otro caso hurgaba en las causas que producían las presuntas enfermedades y se limitaba a presentarlas de forma muy simple si proceder a un análisis profundo de sus características y determinaciones. En cierto modo el enfoque empirista y fenoménico permea todas sus concepciones sociológicas.

Siempre resulta algo contraproducente que estos pensadores latinoamericanos de fines del siglo XIX como Hostos y Varona, influidos por el positivismo³¹ expresaran un marcado rechazo teórico a los procesos revolucionarios, por el evolucionismo y consecuente reformismo que los embargaba, sin embargo en ambos casos asumieron en la práctica una postura marcadamente revolucionaria y emancipadora³² en relación a los procesos independentistas de sus respectivos países.

Hostos al igual que otros influidos por el evolucionismo entonces predominante trataba de elaborar un enfoque holístico y sistémico del desarrollo social, en el que afloraban también perspectivas de carácter dialéctico, como puede apreciarse cuando analiza la interacción entre los individuos humanos y la sociedad al plantear: «si tratamos de indagar quién es el individuo humano, inmediatamente vemos que, siendo como es un todo, de tal modo es una parte del todo social en que aparece funcionando, que no se concibe que él pueda vivir sin el todo, como no se concibe que el todo pueda subsistir sin él»³³.

Para él existía una estrecha y orgánica relación entre todos los fenómenos sociales y los cósmicos, ya que consideraba que «Esta es una relación tan estrecha que no hay posibilidad –en realidad– de explicarse los hechos de la vida colectiva humana sino en cuanto se relacionan con los fenómenos generales de la naturaleza»³⁴.

Para Hostos la sociología tenía sus antecedentes en el pensamiento antiguo –condicionado por su concepción exaltadora de la cultura griega³⁵– por lo que muchos de sus planeamientos no constituían del

todo una novedad. De ahí que afirmase: «La Sociología, es, a la vez, una ciencia vieja y nueva. Es vieja, porque desde muy antiguo los legisladores y organizadores de las sociedades que primero se han organizado, fueron verdaderos sociólogos. Confucio, Licurgo, Solón, fueron verdaderos peritos en ciencias sociales, por más que no supieron si era una ciencia el conjunto de ideas ordenadas, el sistema y el plan que seguían. Entre los filósofos y pensadores de la antigüedad hay dos, principalmente, griegos ambos, Aristóteles y Platón –más Aristóteles que Platón–, a quienes se debe el descubrimiento de ideas generales de organización, a que de seguro no se hubieran elevado si no hubieran tenido una idea muy clara de lo que es el ser social»³⁶.

Sin embargo, reconocía que la sociología en el siglo XIX había alcanzado una madurez suficiente para competir incluso por sus presupuestos, métodos y resultados dados sus nexos con la biología y la teoría evolucionista.

Afortunadamente tal concepción no lo llevó a compartir propiamente el darwinismo social, o al menos las derivaciones ideológicas de carácter racista que normalmente se derivan de la misma, –como si sucedió en el caso del pensador argentino Domingo Faustino Sarmiento³⁷, quien también ocupa un digno lugar el proceso de gestación de los análisis sociológicos en Latinoamérica–, aunque en ocasiones afloraron en él ideas que le hace confluir con él, dado su evolucionismo y sus ideas sobre el desarrollo y el progreso social.

Se opuso a la justificación que quiso encontrar el colonialismo, en la supuesta existencia de razas inferiores³⁸ como fue común en otros positivistas latinoamericanos.

Para el dicho progreso era el resultado del proceso civilizatorio permanente por el que siempre transita la humanidad. Pues, a su juicio, «En realidad, y por dos razones, la civilización no es positivamente un estado social: primera razón, porque nunca llega a ser un estado definido; segunda razón, porque todo el proceso de la vida de las sociedades humanas desde el punto de partida hasta el punto de término, es un proceso ascensional en que se elevan desde el bajo nivel del salvajismo

hasta el alto nivel del industrialismo, del intelectualismo y del moralismo que debía ca-racterizar los períodos de civilización completa»³⁹.

Es evidente que establece una correlación directa y dialéctica entre el proceso material de producción de bienes en cuya cima sitúa la revolución industrial y a la vez el enriquecimiento intelectual que exige la racionalidad humana. Esto puede apreciarse cuando sostiene que «Por tanto, si se demuestra que hay una ley de civilización, queda demostrado que hay una Ley de Ideal. Que la civilización es destino del ser humano, lo patentiza toda la historia de los hombres: todavía no ha existido una sociedad, o conjunto organizado de hombres, que no haya aumentado su racionalidad a medida que ha desarrollado su vida; de tal modo, que puede establecerse una correlación invariable entre el desarrollo de la vida colectiva y el aumento de racionalidad humana; en lo cual se podría, sin violencia de la lógica, establecer que la civilización o desarrollo de la racionalidad social es una consecuencia o efecto del desarrollo de la vida colectiva, y que este desarrollo es la causa de aquel efecto»⁴⁰.

Su perspectiva sociológica presta mayor atención al papel determinante de la vida social y colectiva que a las expresiones racionales de la actividad humana, las cuales en definitiva considera constituyen expresiones resultantes de la primera.

A su juicio: «el progreso incluye los tres términos (nacer, crecer y morir) que incluye la ley del desarrollo natural. Si, pues, como acabamos de ver, el desarrollo es una ley de la naturaleza, ley también de la naturaleza es el progreso. Bien podemos decir, pues, con las ciencias naturales en la mano (y tanto más, cuanto que la Sociología es una ciencia natural), bien podemos decir que *la Ley de Progreso es natural, efectiva y positiva*»⁴¹.

Hostos de manera confusa identificaría los conceptos de crecimiento, progreso y desarrollo, como puede apreciarse al plantear que: «entre el crecimiento, que es ley de la naturaleza, y lo que llamamos *progreso*, no hay ninguna otra diferencia que la de una propiedad supuesta a la idea de desarrollo. Por progreso entendemos: desarrollo mediante esfuerzos deliberados, especialmente esfuerzos de orden moral y de orden

intelectual, y progresar, en ese sentido, es el acto, o serie de actos, efectuados por algo que de otro modo permanecería estacionario. Pero si se piensa que ningún ser nacido, o cosa formada, puede permanecer estacionario, o dejar de crecer y decrecer, se verá que *progreso* y *desarrollo* son términos idénticos. Verdad es que, a primera vista, las palabras *progreso* y *progresar* indican, por su etimología (*pro*, adelante; *gradior*; *-eris*, *-essus*, *um*, andar), un movimiento hacia adelante, y nunca uno hacia atrás; pero como en todo desarrollo hay siempre un movimiento hacia adelante (el nacer y el crecer), se evidencia que desarrollar y progresar, desarrollo y progreso, son la misma cosa»⁴².

Independientemente de las imprecisiones conceptuales que se derivan de tales planteamientos, lo más significativo es su perspectiva dinámica del desarrollo social y la confianza en el perfeccionamiento humano. Esto se aprecia cuando plantea que: «El ser social, como el ser individual, ni más ni menos, vive de su trabajo; vive para fundar un orden colectivo que dé paz y seguridad a los bienes, a las personas y a la sociedad general; vive tratando de adiestrarse en el manejo de todos los instrumentos materiales, intelectuales y morales que tiene a su disposición el ser humano para mejorarse y progresar»⁴³. Por tal motivo es posible sostener que sus planteamientos al respecto, no obstante el lastre naturalista y biologicista que lo embarga se corresponde con lo mejor del pensamiento humanista latinoamericano que se expresa a través de la historia de múltiples generaciones que en estas tierras han reflexionado sobre la condición humana»⁴⁴.

En cierta forma su concepto de progreso –el consideraba solo limitado por las capacidades psico-físicas humanas históricamente condicionadas⁴⁵– se correspondía con algunas de las entonces prevalecientes concepciones provenientes del pensamiento ilustrado –que lo vinculaba directamente a la educación⁴⁶– y heredadas por el enfoque positivista. «El ser social, como el ser individual, ni más ni menos, vive de su trabajo; vive para fundar un orden colectivo que dé paz y seguridad a los bienes, a las personas y a la sociedad general; vive tratando de adiestrarse en el manejo de todos los instrumentos materiales,

intelectuales y morales que tiene a su disposición el ser humano para mejorarse y progresar»⁴⁷

Las ideas sociológicas de Hostos, lo mismo que del pensador cubano Enrique José Varona⁴⁸ no deben ser reducidas a aquellos trabajos en el que aparece explícitamente en su título el nombre de esta nascente entonces ciencia social pues todas sus respectivas obras estas estarían muy presentes. En el caso de Hostos en un artículo sobre el poeta cubano Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido) desarrolla un análisis de corte sociológico sobre colonialismo lo mismo que Varona cuando estudia las causas del fracaso colonial de España en América y de Cuba en particular.

Es notorio que en Hostos resultó mucho más sistemático el análisis que hace del perfil conceptual de la sociología y de sus diversas posibles aplicaciones, pues en definitiva no aspiraba a que el cultivo de esta disciplina se redujese a una simple labor académica, –si bien en ningún momento subestimó el papel de la educación pues al igual que Varona se destacó en su desarrollo–, ya que ambos pensadores trataron de que los estudios sociológicos fueran de utilidad de la praxis político-social⁴⁹, y en particular educativa⁵⁰, de sus respectivas circunstancias. La educación en Hostos desempeña un protagónico papel el progresivo proceso del perfeccionamiento humano»⁵¹.

A su juicio: «A la verdad, para que la organización de la fuerza pública correspondiera puntualmente al estado de la fuerza vital de cada sociedad, sería necesario que se divulgaran los conocimientos de Sociología hasta el punto de que fuera vulgar el conocimiento de las leyes naturales de la sociedad. Sólo entonces, sabiéndose que la fuerza social es un resultado del desarrollo armónico de la vida de las comunidades humanas, se trataría de producir ese desarrollo biótico, en vez de tratar de establecer instituciones exclusivamente militares y policiales»⁵².

En ese sistemático estudio de la sociedad que considera puede efectuar la sociología destaca que: «La primera de todas es la Ley de Sociabilidad. Esta ley es tan patente como el fenómeno que gobierna y normaliza. Es patente que existen sociedades espontáneamente constituidas, y es patente que el fenómeno de la vida de estas sociedades,

es tan natural como ellas mismas. La asociación de las fuerzas naturales y de las debilidades naturales del individuo humano, es una forma tan natural de su existencia, que sin asociación no hay existencia individual.»⁵³ Como puede observarse insiste en el hecho de la naturalidad de dicha ley, no solo en el sentido de constituir una expresión de la naturaleza, sino de su carácter necesario y por tanto indispensable.

En segundo lugar considera la ley del trabajo que extrapola a todo lo existente en el universo.⁵⁴ Al igual que lo había hecho con la sociabilidad⁵⁵.

Para Emilio Roig de Leuschenring: «Como sociólogo, Hostos meditó en todas las formas de la convivencia humana, desde las más rudimentarias y primitivas, hasta las más elevadas del Derecho Internacional. Trató de la hipertrofia política, de la hipertrofia militar y de otras irregularidades y manifestaciones patológicas (son sus términos) en la América hispana. La ley del Trabajo, la ley de la Libertad, rigen lo mejor de la sociedad. Vio con tino no pocos fenómenos sociales: «La ignorancia de todos, –dice– sirve perfectamente al encumbramiento de los pocos que se dedican a embrollarlo todo, con el objeto de ser ellos los árbitros de la vida general.»»⁵⁶

Su concepción del mundo era marcadamente monista expresada al concebir una armonía universal, al plantear «de aquí, que el conocimiento de la relación que hay entre esa armonía de fuerzas en nosotros mismos y la armonía general de las fuerzas en el mundo físico sea uno de los deberes que hemos de enumerar»⁵⁷. Por esa razón sus ideas fueron criticadas en Santo Domingo, en 1888, como ateas e inmorales⁵⁸.

Es conocida la profunda admiración que la mayoría de los pensadores latinoamericanos de fines del siglo XIX expresaron en relación con la cultura anglosajona y en particular con la norteamericana. Hostos no fue la excepción pues conoció de cerca y admiró al pueblo y la organización económica, política y social que bajo el influjo inglés se había desarrollado en los pujantes Estados Unidos de América.

A su juicio: «A pesar de todo esto, todavía no se ha formado en el mundo una civilización completa. La más completa entre todas, aunque

naciente, como la sociedad que ha empezado a fabricarla, es, indudablemente, la civilización norteamericana, en la cual al par se muestran florecientes el industrialismo, el moralismo y cuanto intelectualismo cabe en una sociedad que empieza a vivir. Hasta, para ser superior a las demás, la civilización americana no padece del militarismo ni del autocratismo que malea, en Europa, la mayor parte de aquella sociedad. Sin embargo, ni el funcionamiento de la vida americana es tan completo que presente una sociedad en efectivo desarrollo normal, ni tan sano que su industrialismo, que es la característica predominante, no haya afectado ya, en la vida interior y en la exterior (en la interior, por medio de los partidos; en la exterior, por medio de la expansión), el florecimiento de la libertad, por donde empezó esa hoy detenida civilización»⁵⁹.

Como puede apreciarse además de tremenda admiración por ese país a la vez plantea la existencia de profundas contradicciones en su seno y en particular por su fagositósica actitud en relación con los pueblos latinoamericanos.

Algo similar sucedió en el caso de Varona pues su experiencia de haber vivido en los Estados Unidos de América y desentrañar la política yanqui con relación a Cuba y Puerto Rico le condujo a una postura antiimperialista confluyente con la actitud de Hostos.

Enrique José Varona nació en Santa María de Puerto Príncipe (Camagüey), Cuba en 1849. Dirige la *Revista de Cuba*, una de las de mayor prestigio intelectual de la época en el país. Se vincula a la dirección del Partido Autonomista. Entre 1880 y 1883 dicta y publica en La Habana sus célebres *Conferencias filosóficas sobre Lógica, Psicología y Moral*, En 1885 luego del fracaso de su gestión como diputado ante las Cortes de España, rompe con el autonomismo por desacuerdos respecto al tema de la abolición de la esclavitud y el tipo de leyes que debían regir en Cuba. A partir de 1886 dirige la *Revista Cubana* en la que publica numerosos trabajos de carácter filosófico, literario, político y de divulgación científica.

A solicitud de Martí en 1895 asume en New York la redacción del periódico *Patria* órgano del independentista Partido Revolucionario

Cubano. Durante la intervención norteamericana en la guerra de Cuba contra España en 1898 asume primero la Secretaría de Hacienda y luego la de educación del gobierno norteamericano en la Isla.

Con el establecimiento de la República en 1902 se dedica integralmente a su labor como Catedrático de la Universidad de la Habana. Reedita sus conferencias filosóficas actualizándolas con los avances del pensamiento de inicio del siglo XX. Regresa a la política en 1906 y funda el Partido Conservador Nacional. Asume la vicepresidencia de la República durante el gobierno de Mario García Menocal entre 1913 y 1917. Frustrado por la realidad política y social del país y condicionado también por el estallido de la I Guerra Mundial entra en un período de marcado carácter escéptico que se plasma en sus aforismos de *Con el eslabón*.

En 1923 preside en La Habana, a solicitud del líder estudiantil comunista Julio Antonio Mella, el acto de fundación de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU). En los últimos años de su vida abandonó su anterior escepticismo político y se convirtió en el mentor optimista de la juventud cubana de los años veinte, especialmente apoyando el movimiento de la Reforma Universitaria y en la lucha revolucionaria que logra derrocar la dictadura de Gerardo Machado. Fallece el 19 de noviembre de 1933.

Su obra filosófica y su prestigio como escritor, crítico literario, periodista, orador han sido reconocidos tanto en Cuba como en otros países. Su labor pedagógica dejó una significativa huella en los planes de estudio y en la política educativa cubana de la primera mitad del siglo XX.

Varona utilizó la sociología para analizar determinados conflictos y fenómenos sociales, el bandolerismo, la prostitución, el racismo, la discriminación de la mujer, las potencialidades de la juventud, de los obreros, las revoluciones, el colonialismo, imperialismo, etc., pero no dedicó atención a sistematizar esta naciente ciencia social como lo haría de forma brillante Hostos.

Aunque Varona no escribió muchos de trabajos dedicados específicamente a problemas sociológicos –los de mayor significación fueron *El bandolerismo (1888)* y *El imperialismo a la luz de la sociología (1905)*–, en toda su obra filosófica, literaria, docente y política se revelan continuamente las reflexiones de carácter sociológico.

Por otra parte su labor como profesor de sociología de la Universidad de La Habana le hizo abordar múltiples aspectos en este terreno, que usualmente no fueron recogidas para su publicación. Aun cuando no escribió un texto sobre esta materia, sino que en su actividad académica utilizó la obra del norteamericano Franklin Gidding, *Fundamentos de sociología*, no cabe dudas que puso de manifiesto su originalidad en esas conferencias, ya que ganó prestigio entre alumnos y profesores y fue considerado –tal como expresa Carlos Rafael Rodríguez– como un «sociólogo que removió la cátedra universitaria».⁶⁰

Las raíces filosóficas de las ideas sociológicas de Varona parten del positivismo. Es obvio que las ideas del fundador de esta filosofía Auguste Comte, dejaron algunas huellas en su pensamiento a pesar de su pública ruptura con las tesis principales del filósofo francés.⁶¹ Pero quien más influyó sobre él, sin dudas, en este campo fue Herbert Spencer, quien con su positivismo evolucionista marcó una orientación biologizante en la sociología decimonónica. Además dejaron sentir su influencia sobre sus ideas Lester Ward y Emile Durkheim, sociólogos que también tomaban como punto de partida la filosofía positivista.

Antes de comenzar el análisis de los diferentes aspectos de las ideas sociológicas de Varona es necesario aclarar sus posiciones ante la sociología misma como ciencia, ya que el filósofo no mantuvo siempre, en esencia, la misma opinión sobre ella. Aunque la mayor parte de su vida la consideró propiamente una ciencia, capaz de descubrir los mecanismos que rigen la sociedad, sus leyes, etc., no es menos cierto que en determinadas ocasiones como durante la segunda década del siglo XX su escepticismo –propio de esta etapa de su vida– se extendió también al análisis sobre la posibilidad de existencia de una sociología realmente científica.

Sin embargo, estas manifestaciones no deben ser absolutizadas y convertidas en rasgo común de todos sus criterios sobre la sociología, como han hecho algunos investigadores de su pensamiento, quienes en su afán por situar a Varona junto a algunas posiciones comunes, que tiende a negar la posibilidad de una ciencia social, han considerado que el filósofo cubano negaba la existencia de tal ciencia. Este es el caso de Roberto Agramonte, quien escribe «Varona niega *ab initio* la constitución y la realidad científica y metodológica de la ciencia general de la sociedad, la sociología»⁶². Esta es una de las formas en que se ha tergiversado el pensamiento filosófico de Varona.

Durante la mayor parte de su vida, Varona consideró desde su perspectiva filosófica, en la que reconocía la existencia de leyes sociales, a la sociología y a la historia como verdaderas ciencias sociales. Desde su primer trabajo, en que hace referencia a las leyes sociológicas –nos referimos a «Ojeada sobre el movimiento intelectual en América», escrito en 1876–, en el que se afirma «Si la historia ha llegado, gracias al genio inglés, a ser hoy una verdadera ciencia social»,⁶³ hasta tres décadas después en que expresaba: «Por eso mi tema es el imperialismo, pero estudiado a la luz de la sociología, estudiado a la luz de una ciencia, cuya materia es antigua, como lo son las preocupaciones de los hombres agrupados para vivir en sociedad: aunque sea nuevo su nombre, y nuevos sus procedimientos de investigación. A la luz de la ciencia que hoy ocupa el primer plano de las preocupaciones de los hombres de saber, y que va extendiendo cada vez más su radio de acción que si bien por hallarse esta ciencia en su período de gestación, sería muy fácil encontrar contradictores a las más de las doctrinas que hoy asienta.»⁶⁴

Varona se planteó la búsqueda de «las leyes que presiden a la vida social»⁶⁵ y aunque la formulación que de ellas hizo no siempre poseía un carácter verdaderamente científico, el hecho de haberse planteado la investigación de dichas leyes, al igual que otros pensadores de ésta época influenciados por el positivismo, era una cuestión meritoria, ya que al menos, como señala I. S. Kon, esta sociología positivista «reconoce la regularidad del desarrollo social, el carácter progresivo de la evolución social y la posibilidad de un conocimiento sociológico objetivo».⁶⁶ Varona

confiaba en esa posibilidad y se dio a la tarea de estudiar la estructura y función de la sociedad a fin de proponer su utilización consciente y de ese modo lograr las transformaciones necesarias en beneficio de la sociedad cubana.

Resulta inexacto el punto de vista de Medardo Vitier según el cual Varona «no se demora tanto en los principios generales de la sociología como en su aplicación a los hechos de la vida cotidiana»⁶⁷. Pues en verdad le dedicó mucha atención al análisis de las leyes generales que caracterizan el desarrollo social y aunque le dedicó atención a algunos problemas específicos de la sociedad cubana como el bandolerismo, la prostitución, la esclavitud, la situación de la mujer, etc., no puede inferirse el filósofo cubano entroncarse con la tendencia empírica de la sociología que tomó auge a inicios del pasado siglo XX.

Aunque no escribió tratados teóricos dedicados especialmente a esta disciplina, en toda su obra se aprecia el sentido de generalización cuidadosa que siempre le caracterizó, a pesar de que muchas de sus generalizaciones en esta esfera no eran acertadas. En todo momento se observa la intención de extraer de los hechos particulares los principios que pueden ser generalizados.

Varona reconocía que «cuando se trata de fenómenos sociales, hay que ser muy cautos al generalizar»⁶⁸ pero ello no implicaba que el filósofo cubano plantease la imposibilidad de la generalización en este campo.

Por otra parte no deben ignorarse los elementos de escepticismo que con relación a la sociología y otras ciencias sociales, como la historia, manifestó en esa etapa de su vida, que se recogen fundamentalmente en sus aforismos de *Con el eslabón*, –escritos en esa etapa de la segunda década del siglo XX e inicios de la tercera en la que afloran en su pensamiento algunos tintes escépticos– entre los que se destaca el siguiente «afirma Herbert Spencer que la historia sirve de doncella a la sociología. Si esta criadita conserva, como todo lo indica el hábito de chismear y enredar a sus congéneres, qué bien informada estará la señora.»⁶⁹

Este juicio es expresión de la crisis de pensamiento que se produce en él durante esta época, cuando se conjugan un conjunto de factores entre los que se destacan; la frustración de sus ideales democráticos⁷⁰ y liberales propiciada por el inicio de la crisis general del capitalismo, su decepción ante la realidad política cubana, el inicio de la época del socialismo con el triunfo de la Revolución de Octubre en 1917 en Rusia y la debacle de las corrientes filosóficas de corte irracionalistas y fideístas que toman auge. Este es el momento final de su vida en que realiza su «balance de decepciones» y en el que reconoce la decadencia de la sociedad capitalista y avizora el futuro socialista de la humanidad. Pero estos rasgos escépticos fueron transitorias y no las constantes que caracterizaran su pensamiento sociológico y, por tanto, no pueden constituir el punto de partida.

Varona confiaba en la posibilidad de conocer la estructura y las leyes sociales y por esa razón la investigaba a fin de proponer su utilización consciente y de ese modo lograr las transformaciones necesarias en beneficio de la sociedad cubana.»⁷¹

Incluso en el período de críticas convulsiones de su pensamiento aconsejaba a los jóvenes investigadores estudiar la sociedad cubana en correspondencia con las leyes sociales generales a todos los pueblos, evitando los particularismos, ya que éstos obstruyen dar con la verdadera explicación científica de los fenómenos sociales. Pero, ¿cuáles fueron los criterios de Varona respecto a los elementos que determinan el desarrollo de toda sociedad?, y ¿podía un punto de partida positivista facilitarle la verdadera explicación?. Resulta conveniente puntualizar que la postura epistemológica de corte fenomenalista de dicha filosofía no le permitieron llegar a un conocimiento mucho más adecuado de la realidad social y la integridad de los factores que inciden en su desarrollo.

Sostuvo básicamente una concepción multifactorial del desarrollo social la cual se observa en 1888, al señalar «el país (medio físico), la raza (herencia ética), la historia (herencia psíquica), las costumbres, la organización industrial y política, la moralidad, palabras suyas de 1878: «Es inútil recordar virtudes contra natura, lo que necesitamos es fomentar

las que tienen sus raíces en nuestra constitución moral, para que el nivel de las costumbres se eleve, para que las relaciones sociales se dulcifiquen en el hogar y se ennoblezcan en la plaza pública, para que las instituciones se cimenten en la justicia y en la libertad, para que los pueblos se respeten, y para que la Tierra, ya que no se convierta en una ciudad de Dios, llegue a ser la morada hermosa y pacífica de un ser armónicamente sensible, inteligente y bueno.»⁷²

Ese sería un punto de partida filosófico esencial dado su realismo materialista en las reflexiones antropológicas de Varona, caracterizadas generalmente por una confianza en la posibilidad de la perfectibilidad humana, que se mantendría a pesar de los golpes recibidos proveniente de los acontecimientos nacionales e internacionales con los que se inició el pasado siglo XX.

Las reflexiones antropológicas de Varona se fueron modificando en dependencia de múltiples factores condicionantes. En su primera etapa, de marcada postura positivista *sui generis*, bajo la influencia de Spencer, fundamentalmente durante las dos últimas décadas del siglo XIX prevalecen las posturas filantrópicas y de estimulación de la solidaridad entre los hombres. Esta actitud se mantendrá en definitiva, de un modo u otro, a lo largo de toda su vida.

Varona tenía profunda confianza en la condición humana, tal como nos expresó en una entrevista Juan Marinello: «creyó en el hombre, no en los hombres, y las miserias de su contorno le bloquearon la comunicación con afirmaciones radicales que mueven al reformador».⁷³ Esa confianza se vio alterada durante lo que pudiera considerarse su periodo escéptico, en el que la frustración personal se reveló en todas las manifestaciones de su pensamiento y, por consecuencia, también se expresó en sus consideraciones sobre el hombre.

Fueron frecuentes en esta época manifestaciones como las siguientes: «Como el hombre es una fiera inteligente es peor de las fieras», «el hombre de hoy no descuartiza, muerde. Pero tiene el diente envenenado»,⁷⁴ «el hombre de hoy es menos feroz que el de ayer. Cierto. Es más hipócrita»⁷⁵ No debemos olvidar que estas ideas se gestan condicionadas por el

largo y terrible período de la I Guerra Mundial y sus años posteriores, y que casi todas ellas tienen por rasgo común al referirse al hombre de su época, no generalizan todas sus afirmaciones y la mayor parte de éstas están dirigidas directamente a la realidad sociopolítica cubana, a los politiqueros, y otras lacras de aquella seudorepública corrompida.

En este período también expresa desconcierto ante las relaciones hombre-naturaleza y pone en duda el poderío humano frente a las fuerzas naturales, por esto expresaba que los hombres se creen «señores de la tierra, sin embargo la naturaleza con un ligero movimiento, como titán que se encoge de hombro, derriba una ciudad y reduce a polvo nuestro orgullo»⁷⁶ y en otra ocasión indica «hace muchísimos años llamé al hombre dueño del tiempo y del espacio. ¡Dueño! Esclavo, maniquí descoyuntado, juguete manoseado, andrajo, restrojo, eso es lo que es.»⁷⁷

Tales vacilaciones parecen negar sus anteriores criterios sobre la fortaleza humana ante las incógnitas de la naturaleza y la seguridad que había manifestado cuando hablaba del poderío del hombre para transformarla, cuyas primeras expresiones aparecieron en 1878 cuando señalaba, «no podemos tomar por lo serio aquello de que, donde la naturaleza se muestra pujante y grandiosa, el hombre desmaya y se empequeñece»⁷⁸.

Hubo razones suficientes para durante ese período de crisis social y existencial marcado por el estallido de la I Guerra Mundial y por su frustración ante la corrupta vida de la naciente república cubana al abandonar en 1917 la vicepresidencia de la República hasta mediados de los años veinte aparecieron **GÉNESIS DE LA SOCIOLOGÍA EN AMÉRICA LATINA** **PABLO GUADARRAMA GONZÁLEZ** en él con mucha frecuencia manifestaciones de escepticismo, pesimismo y nihilismo en cuanto a la condición humana.

En esta época se aprecia la impronta de Nietzsche⁷⁹ y hasta ciertas expresiones misantrópicas⁸⁰. Tales ideas han conducido a algunos investigadores a absolutizar su falta de fe en el hombre y en la cultura, como sostenía, de forma algo exagerada e incorrectamente, Humberto Piñera Llera⁸¹.

En verdad durante los últimos años de su vida, fundamentalmente desde mediados de la tercera década del siglo XX, Varona parece recobrar su optimismo y confianza en la posibilidad del progreso y el perfeccionamiento humano, plasmada en su identificación con las luchas de la juventud y en las potencialidades emancipadoras del pueblo cubano.

Desde el inicio de su labor intelectual había confiado en el enriquecimiento humano a través de la educación y otras instituciones de la sociedad. Consideraba que ya que no era posible una perfección sagrada del hombre, al menos se debía tratar de lograr un ser inteligente y bueno.⁸² Y para lograrlo había que estimular la sociabilidad y la solidaridad, pues «El hombre solo es hombre en el trato de sus semejantes, por eso sus emociones más gratas o más dolorosas, las mejor definidas, las que dejan tras de sí una huella más duradera se deben a la comunicación social».⁸³ Consideraba que aunque las emociones tienen una base fisiológica ante todo dependen del factor social.

Posteriormente sostenía que «La ley de afinidad existe para los glóbulos hombres, como la ley de afinidad para los glóbulos sangre... el hombre es un ser incompleto, para sentirse completo necesita del hombre»⁸⁴ y de los avances de la cultura, ciencia, la técnica, y otras conquistas de la modernidad, como la democracia y la conciencia política además de la sociabilidad.

A tenor con esa intención en 1905, sostenía. «Pero yo no entiendo por cultura superior la difusión de la ilustración, que ya es mucho; yo entiendo, sobre todo, la difusión de ese noble y alto sentimiento que eleva realmente al hombre a su verdadera dignidad; ese que hace que los ciudadanos se aproximen y se unan, por las ideas y por el corazón para una obra común»⁸⁵

Su confianza en la posibilidad de un progresivo y solidario mejoramiento de la condición humana se aprecia durante la mayor parte de su vida. Sin embargo, en 1921, en plena crisis de su valoración de la naturaleza humana sostenía algo muy contrario a sus anteriores opiniones al respecto. «El hombre ha inventado la máquina de vapor, el telégrafo, el bombillo eléctrico, el teléfono, el fonógrafo, el aeroplano, ha suprimido

la distancia, ha suprimido el tiempo y el hombre es un estúpido. Enajena su libertad por vivir en sociedad y se queda sin libertad y sin sociedad. A no ser que llamemos asociación a la mutua explotación»⁸⁶.

No obstante, durante ese período de evidente escepticismo intentó analizar la condición humana con la mayor objetividad posible «El hombre es imperfecto. Palabrería. El hombre es como es. Pudiera ser de otro modo. Eso quiere decir que puedes imaginártelo de otro modo; pero es como es. Pudiera estar colocado en otras circunstancias. Eso quiere decir que puedes idearlo en otro ambiente; pero las cosas son como son. No hay salida.»⁸⁷

Las ideas sobre la condición humana que prevalecen en este período de principios del siglo XX en Varona, en verdad, resultan en ocasiones poner en entredicho sus usuales anteriores manifestaciones filantrópicas. Algunas de sus anteriores ideas críticas de la naturaleza humana que habían aflorado esporádicamente en la nueva etapa se incrementan como la siguiente: «La generalidad de los hombres son unos autómatas que se imitan unos a otros, lo mismo cuando obran que cuando piensan»⁸⁸.

Recrudece sus críticas a la crueldad del hombre para con sus semejantes. Sostiene que la concepción del hombre bueno del pasado solo existe en la fantasía del historiador.⁸⁹ Considera que: «como el hombre es una fiera inteligente, es la peor de las fieras»⁹⁰. Y no duda en denominarlo «gorila repulido», (...) «orgullosa antropoide reformado».⁹¹ Lo considera «(...) el desconcentrador, el destructor, el hombre»⁹² «(...) un monstruo»⁹³ que «tiene la mentira»⁹⁴. Aun cuando son innegables estas manifestaciones de cuestionamiento de las virtudes humanas por parte de Varona en ese período de su vida, resulta erróneo extrapolarlas y considerar que fueron siempre nota común a su concepción antropológica o que hayan dejado una huella definitiva en su pensamiento que obligue a incluirlo dentro de alguna de las posturas misantrópicas que tomaron fuerza en la época en que vivió.

Nada más injusto que tratar de caracterizar las bases filosóficas de sus concepciones antropológicas de un período muy preciso y limitado de su evolución ideológica como característica de toda su producción

intelectual. Incluso tales manifestaciones de pesimismo y escepticismo no le condujeron en modo alguna a una actitud evasiva o de indiferencia política ante la realidad cubana y mundial de esos años. Por tal motivo con razón observa Cintio Vitier que: «En realidad, el reprimido pesimismo de Varona, que tan noble y bellamente se trasluce en sus mejores páginas críticas, constituye su verdad más profunda y más fiel. Según hemos dicho en otro estudio: Ese fondo escéptico, típico de lo que pudiera llamarse el romanticismo positivista de la generación de Varona y Sanguily, no le impidió, como sabemos, actuar con entusiasmo y generosidad en la vida intelectual y política de nuestro país».⁹⁵

Varona insistió mucho en la necesidad de cultivar la sociabilidad y la solidaridad humana. La importancia que le atribuye a los factores sociales en la determinación del hombre se demuestra cuando plantea que la formación del individuo por el grupo cambia en correspondencia con la extensión y cohesión del mismo, pero no por eso es menos real que cuando se reducía a la horda primitiva. «En este caso –plantea– como en aquel caso, el individuo recibe de fuera la impresión que la modela y se encuentra al cabo, pensando, queriendo y obrando como su maestro anónimo e incógnito: la sociedad de su época»⁹⁶.

Indudablemente las concepciones antropológicas de Varona estuvieron condicionadas por el nivel de desarrollo de las teorías sociológicas y filosóficas, fundamentalmente, del siglo XIX a las cuales tuvo acceso, pero ante todo estuvieron determinadas también por sus profundas observaciones de los acontecimientos históricos mundiales y en especial de Cuba en la época que le correspondió vivir. En definitiva sus ideas al respecto constituyeron un valioso arsenal filosófico e ideológico que servían para orientar la transformación y progreso de su pueblo. Otra cuestión sería que haya sido provechosamente utilizado o no por las generaciones que le sucedieron.

Los análisis de Varona sobre la adecuada correlación entre los factores individuales y sociales le permitieron una mejor comprensión de la significación de las grandes personalidades en la historia, y su

articulación con el papel de los pueblos lo mismo en el plano político que intelectual. Así al referirse a la Avellaneda planteó: «...todo ser humano, grande o pequeño, es el producto de dos factores: el personal, el que en sí lleva y el del medio que le rodea».⁹⁷

Para él: «no es posible concebir al hombre fuera del estado de sociedad porque carecería de sentido»⁹⁸. Esto implica que «sus estados subjetivos se modelan sobre sus impresiones objetivas del orden social», aunque «no nos demos cuenta de esa dependencia, como no nos las damos generalmente de que respiramos»⁹⁹. Es por eso que «aún este reducto de la individualidad la conciencia de un sabio, lo vemos forzado por la influencia de la colectividad. Se refugia en su pensamiento y encuentra allí mil huéspedes extraños; aquella idea que le parece más propia es quizá mero préstamo de un acreedor incógnito»¹⁰⁰

Las reflexiones filosóficas de dimensión antropológica de Varona siempre tomaron en consideración la articulación entre los individuos, las personalidades y los pueblos lo mismo en el plano político que en el científico, artísticos, etc. Con acierto plantea que: «Los sabios profundos, que los grandes maestros, los genios eximios no se producen espontáneamente, que son anunciados y prometidos por una gran cultura científica, artística y literaria. Es decir, que donde llegan a señalarse vigorosamente esas individualidades, van dejando debajo de sí otras muchos menos caracterizadas que le sirven de base y sustento».¹⁰¹

Varona abordó el problema del papel del pueblo y de las personalidades en la historia de una forma realmente apropiada. En este aspecto dejó a un lado su darwinismo social y otros obstáculos reduccionistas en el plano epistemológico que le planteaba el positivismo en la comprensión de la historia. Expuso objetivamente la interacción dialéctica que se produce entre los grandes hombres, los dirigentes de los procesos sociales, y las masas populares.

Tuvo que enfrentarse a las teorías, de gran aceptación en aquella época, de Carlyle y Emerson, quienes sobrestimaban el papel de las personalidades y descalificaban el de los sectores populares.

Para Varona esos individuos eminentes eran realmente producto, antes de ser causa del progreso social.¹⁰² La verdadera fuerza motriz de los movimientos históricos Varona la veía en el pueblo, por eso escribía; «Hoy los grandes actores en el drama de la historia no son los principales de los pueblos, sino los pueblos mismos.»¹⁰³ El filósofo cubano se percataba de la necesidad de los grandes hombres, de su papel en determinadas circunstancias históricas, pero sabía que en última instancia lo determinante era la participación de los sectores populares, «Los hombres superiores son útiles —expresaba en 1886—, pero no indispensables. Los pueblos no deben esperar milenarios ni mesías deben saber que el trabajo continuado de los pequeños es el que realiza las obras colosales que luego se atribuyen a los grandes.»¹⁰⁴

En 1905 insistía en el hecho de que «los pueblos son los que labran su propio destino»,¹⁰⁵ pero no por eso dejó de reconocer el lugar que le corresponde a esas personalidades como expresión también en última instancia de la necesidad histórica. «Ningún hombre es indispensable —expresaba en los momentos de la guerra iniciada en 1895—, pero en ciertos momentos hay hombres que encarnan grandes fuerzas políticas o sociales, las que se amenguan con su pérdida.»¹⁰⁶ Tal era la situación en esos momentos de la lucha del pueblo cubano por su independencia tras la muerte en combate de su máximo dirigente, José Martí¹⁰⁷.

En el análisis sociológico de aquella situación de nuestra historia, Varona desde la dirección de *Patria* —donde el propio Martí le había ubicado para orientar al pueblo cubano—, brinda su comprensión de la necesidad histórica de aquel proceso y propaga esas ideas convenciendo con cifras y con hechos que el poder español sobre Cuba obligatoriamente se venía abajo y sólo debía ser empujado por el pueblo. «Martí —escribía en 1896— desembarcó en Cuba con el general [Máximo] Gómez y cuatro compañeros más. Antonio Maceo invadió a Baracoa con 20 hombres. Su audacia habría sido demencia pura y simple, si no hubieran sabido que los aguardaba un pueblo entero, dispuesto a seguirlos a la victoria o a la muerte. La historia no presenta ejemplo igual. El valor de esos hombres no tiene paralelo. Pero su acción política habría sido inexplicable, sin un

hecho capital. El pueblo de Cuba, oprimido, vejado, burlado, arruinado y desesperado estaba resuelto a intentar un supremo esfuerzo, por derrocar el poder que lo oprimía y sólo anhelaba jefes que le marcaran el camino.»¹⁰⁸

De ese modo Varona expresaba su concepción de que la necesidad histórica se impone y que los grandes hombres desempeñan su papel, pero el hecho de que sea uno y otro es expresión de la casualidad, si las circunstancias lo exigen, como en esa ocasión, de no haber sido Martí, Gómez, Maceo, etc., hubiesen sido, seguramente, otros los que hubieran dirigido la lucha independentista, de la misma forma de que si no la hubiesen emprendido Bolívar, San Martín, O' Higgins, Sucre, etc., otros representantes de aquellas clases sociales marginadas por el monopolístico poder colonial español¹⁰⁹, las habrían convocado y organizado, máxime cuando observaban en el norte del continente los resultados de la independencia de las trece colonias inglesas.

La lucha por la independencia era imprescindible, podía demorarse años más o menos en dependencia de múltiples circunstancias, entre las que figuraban la aparición de sus necesarios dirigentes, pero era un hecho inevitable.

Distingue la necesidad de la casualidad señalando que «en todo momento histórico hay siempre algo accidental, que no conviene confundir con lo permanente. Lo accidental son los hombres que representan una situación. Lo permanente son las ideas que conforman un estado social.»¹¹⁰

Esas ideas las concibe un reflejo de la realidad objetiva y se corresponden con las necesidades objetivas de la sociedad y toma forma en la conciencia de los hombres encargados de transformar la realidad.

La concepción varoniana sobre el papel del individuo en la historia no sólo coincide con la concepción materialista de la historia en el terreno de la acción política, sino en otras manifestaciones de la vida material e intelectual de la sociedad, en el arte, en la ciencia, en la técnica, etc., ya que plantea: «los sabios profundos, los grandes maestros, los ingenios

eximios no se producen espontáneamente sino que son anunciados y prometidos por una gran cultura científica, artística o literaria. Es decir, que donde llegan a señalarse vigorosamente esas individualidades, van dejando debajo de sí otras muchas menos caracterizadas que les sirven de base y sustento».¹¹¹

Su comprensión del papel del pueblo partía del presupuesto de que: «Ideas, teorías, costumbres, instituciones, todo se forma por un sordo trabajo de acumulación de materiales aportados de aquí y de allí por millares de obreros, la más veces inconscientes de su labor; y cuando se han gastado por el uso, cuando ya vienen estrechos a nuevas necesidades que trae el andar del tiempo, comienza el trabajo de desmoronamiento, no menos invisible, hasta que un día se hunde lo que pareció fábrica sólida, porque no se distinguían sus corroídos cimientos. Puede haber uno o algunos que pongan las piedras visibles de la cima o que den el último impulso y esos aparecen como creadores. En la sociedad todo es colectivo»¹¹² De ahí que resulte extraordinariamente valioso que haya podido elaborar una concepción respecto a esta problemática, que le distanciaba no sólo del positivismo sino del pensamiento filosófico y sociológico, que se ha caracterizado por ignorar el papel de las masas y presentar los hechos históricos como el producto de voluntades aisladas o decisiones personales de los hombres «superiores».

Es indudable que en este aspecto Varona desarrolló avanzadas consideraciones filosóficas sobre el desarrollo de la historia; sin embargo, el concepto de pueblo que tuvo Varona –que se infiere de sus planteamientos– era muy amplio y abstracto, e incluía particularmente a todos los miembros de la sociedad. Resulta comprensible que tal criterio estuviese condicionado por las circunstancias específicas de nuestro país, en el que la dominación colonial inducía a agrupar en un todo común al pueblo cubano.

A su juicio: «los pueblos son los que labran su propio destino»¹¹³. E insistía en la existencia de móviles sociales que en última instancia se imponen por necesidad destacaba. Por tal motivo lo determinante para el pensador cubano no es el individuo aislado sino la acción conjunta de

un pueblo aunque existan individuos que se destaquen entre los demás comunes.

Se opuso a la exageración del papel del individuo en la historia «Que hay hombres –sostenía– en quienes algunos de los diversos aspectos de nuestra naturaleza y moral adquieren tal relieve y vigor que resultan particularmente aptos para la acción o para la especulación, nadie puede negarlo, ni que su influjo represente un importante factor social, pero que las transformaciones sociales, tanto las que afectan la organización externa de los grupos humanos, como las que sufren las ideas y sentimientos colectivos, necesitan siempre y en todas las ocasiones el impulso inicial de un hombre extraordinario *Deus ex machina*, es una opinión contradicha por la historia entera de la humanidad»¹¹⁴.

Acentuando el papel determinante de los pueblos en los rumbos de las acciones históricas planteaba: «Hoy los grandes actores en el drama de la historia no son los príncipes de los pueblos, sino los pueblos mismos»¹¹⁵, por eso veía triunfar la democracia en Europa condicionado por el desarrollo cultural de esos pueblos.

Estas ideas que se difundían especialmente en aquellos momentos de la Tregua Fecunda, como destaca Medardo Vitier,¹¹⁶ tenían mucha importancia ideológica porque cimentaban la confianza en el pueblo que debía prepararse para la posible pérdida de algunos de sus líderes como realmente ocurrió después.

Esa labor ideológica de estimulación de la confianza en que la historia la hacen los pueblos y no individuos aislados la continuó propugnando incluso con mayor énfasis y necesidad después de la muerte de Martí y Maceo. Aquellas lamentables pérdidas Varona reconocería después que desempeñaron indiscutiblemente un papel negativo en el desenvolvimiento de los acontecimientos posteriores, sin embargo estaba convencido de que la acción decisiva era la de los sectores populares decididos a luchar por la independencia.

Un elemento que tiene gran significación en las ideas sociológicas de Varona son sus concepciones sobre el problema racial. Haber abordado

esta cuestión bajo la influencia de los criterios socialdarwinistas, le condujo a algunas concepciones erróneas. El hecho de que Varona haya aceptado de inicio la tesis errónea de que existen razas superiores e inferiores no es más que una consecuencia de la falsa inferencia de que existen, tal y como existen, animales superiores e inferiores en su evolución.

En la mayoría de los análisis sociológicos varonianos se encuentra el elemento racial, pero el filósofo cubano fue en muchas ocasiones impreciso en la utilización del propio concepto de raza. Lo aplicaba lo mismo a un grupo de pueblos, como los anglosajones a los latinos, como a un pueblo particular, por ejemplo el español o el cubano que de ninguna manera propiamente constituyen razas. En otros momentos de sus análisis le otorga al problema racial una exagerada importancia, a tal punto que en ocasiones llega a situarlo como la cuestión determinante y arriba a conclusiones inexactas como ésta: «dos países pueden tener la misma población absoluta y relativa; pero difieren en composición étnica. Esta diferencia es importante, cuando se trata de organizarlo políticamente»¹¹⁷ Esta concepción no sólo es errónea en sí misma sino que al tomar como punto de partida el factor étnico en la población y no el nivel de desarrollo de sus socioeconómico, político, educativo y cultural de un país puede conducir a errores mayores.

La exageración en ocasiones del elemento racial le llevó a considerar que éste está presente en la forma que adoptan las instituciones sociales y políticas de los pueblos. «El carácter nacional es a la vez un efecto y una causa, porque reacciona de las circunstancias de donde se originan los rasgos particulares de a pueblo, su raza, su constitución física, la naturaleza del clima en que vive, la extensión de su territorio, etc., son otros tantos elementos que entran en la formación de su carácter primitivo; este carácter una vez formado tiende a organizar instituciones políticas o militares que estén en armonía consigo mismo».¹¹⁸

Esta sobrevaloración de las diferencias raciales encierra la limitación propia de las concepciones sociológicas predominantemente naturalistas del siglo XIX ante la cuestión étnica, y podía en algunos casos conducir a la justificación ideológica de la dominación de unos pueblos o razas sobre otros.

Varona se vio frenado al inicio de sus reflexiones antropológicas por los límites de esta anticientífica teoría. El punto de partida socialdarwinista sobre el cual se asentaban sus criterios no le permitía llegar a enjuiciar debidamente tampoco sus ideas éticas. Se aprecia esta misma limitación en relación con el aspecto racial, al considerar a una raza como más moral que debido, según él, a las diferencias en la evolución. Partió de lo que llamó «el principio de la selección moral dando el triunfo en la lucha por la existencia a las razas más activas, inteligentes y virtuosas».¹¹⁹

Esta teoría que establece la existencia de razas superiores e inferiores, sirvió a algunos ideólogos del colonialismo para justificar su presunta empresa «civilizatoria», del mismo modo que a políticas genocidas contra algunos pueblos originarios de América, lo mismo en el Oeste norteamericano, que en la «Campaña del desierto» de Sarmiento en el Cono Sur. Varona no se proponía este objetivo, al contrario, él se enfrentó a todo tipo de dominación de un pueblo sobre otro y éste precisamente puede haber sido uno de los factores que condicionó su paulatino abandono del enfoque social darwinista, tal y como sucedió también en el caso de otro relevante pensador cubano de su época: Manuel Sanguily¹²⁰.

Varona consideraba que el pueblo español siempre había demostrado su inaptitud para colonizar América u otros pueblos, según él, pertenecientes a razas inferiores. Al producirse la insurrección en Filipinas contra el poder español, en los momentos en que Cuba luchaba también por su independencia, escribió «España, que no ha tenido jamás noción cabal de lo que es colonizar, ni de la ardua tarea que impone el contacto con razas inferiores o rezagadas, se ha limitado durante tres siglos, en Filipinas, a mantener en la más dura sujeción a los indígenas».¹²¹ Ésta era la misma política que había asumido España en Cuba y los argumentos utilizados por los españoles también partían del criterio de que el pueblo cubano pertenecía a una raza inferior y era incapaz de autogobernarse.

Esta idea también fue manejada por algunos norteamericanos a los que Varona se enfrentó, pero la deficiencia fundamental consiste en que la refutación varoniana a esas teorías se apoyaba en los mismos supuestos,

es decir, en la admisión de la existencia de razas superiores e inferiores. Así, por ejemplo, cuando destacaba la organización, decisión e iniciativas de las tropas mambisas frente a las españolas, Varona resaltaba «hay en el hecho tres grandes cualidades que ostentan solamente las razas superiores: la de improvisar ante la necesidad, la de organizar ante el peligro y la de perseverar en su propósito. Un pueblo que improvisa, organiza y persevera es un pueblo capaz de dirigirse y hasta de dar lecciones a sus amos»¹²²

De esta forma se refería a las condiciones del pueblo cubano frente a sus «ineptos opresores», como denominaba a los españoles. En este período, uno de los objetivos principales de su labor propagandística desde las columnas de Patria, era demostrar a la opinión pública mundial que los cubanos eran capaces de autogobernarse y que el poder de España era ya insostenible en nuestro país. A pesar de este claro y justo objetivo político, observamos que los argumentos varonianos no escapan a la falsa concepción sobre las diferencias raciales, incluso Varona se esmeraba en presentar al pueblo cubano con características propias que superaban al español.

En 1887, escribía: «El cubano, ya lo hemos dicho, tiene caracteres que marcan un progreso dentro de su raza, si no es más inteligente en lo absoluto que el español es de comprensión más rápida y mucho menos refractario a las novedades; ha perdido al ser trasplantado a América, la desconfianza de lo desconocido, que caracteriza las razas fanatizadas por la veneración a lo pasado; casi tan sobrio como sus progenitores, es igualmente sufrido y recio y considerado en la colectividad, como ellos tenaces y perseverantes; en resumen conserva grandes cualidades, que ha heredado y al mismo tiempo es más abierto, más moderno y más cosmopolita que sus padres.»¹²³

Sin embargo, Varona observaba algunas deficiencias en la que llamaba la *raza latina*. La consideraba en ocasiones poco perseverante, demasiado alegre, poco concisa, poco pragmática y falta de espíritu crítico y analítico. En relación con estos dos últimos rasgos exponía: «lo que el análisis—mental o experimental—hace para las obras de la naturaleza,

la crítica lo verifica en las obras de arte; y que cuanto hemos dicho respecto al espíritu analítico, se aplica al espíritu crítico; uno y otro son formas de una misma función intelectual, a veces predominante en un individuo como en una raza. La nuestra no se distingue por él, sea esto dicho sin ninguna intención despectiva, que ni existe en mí ni tiene razón de ser.»¹²⁴ Aunque realmente no haya sido esa su intención, en definitiva el hecho cierto es que en algún momento de su evolución intelectual llegó a considerar a los latinos y en particular a los latinoamericanos algo inferiores.

Para Varona la raza superior era la que él llamaba anglosajona. Siempre se refirió con mucha admiración pueblo inglés, a sus pensadores, científicos, políticos y filósofos. Pensaba que «la filosofía ha depositado en nuestros días su centro en Inglaterra»¹²⁵ y que son «los políticos ingleses ante todo hombres prácticos que procuran colocarse siempre entre dos soluciones posibles, prestos a dejar la que resulte ineficaz o impracticable por la que parezca más hacedera o más provechosa»¹²⁶.

Veía en los pueblos de Inglaterra y Estados Unidos a «pueblos verdaderamente libres»,¹²⁷ ya que éstos materializaban sus aspiraciones democráticas y liberales. Admiraba sus métodos de enseñanzas, sus condiciones y hábitos de vida, incluso elogiaba la construcción de viviendas para los obreros que se efectuaba en Inglaterra, lo que significaba para él que era posible su ideal mantenido por muchos años, y destruido por la realidad al final, el perfeccionamiento de la sociedad capitalista.

Sus ideas sobre las diferencias raciales, la creencia de que los pueblos europeos pertenecen a razas superiores, hizo que Varona aconsejase a los países latinoamericanos incrementar la inmigración proveniente de Europa, en especial, esto lo veía el con agrado para Cuba el cual en esta época poseía una densidad de población muy baja. En 1886 indicaba «hoy el gran problema de los pueblos nuevos está aquí, atraer de un modo natural y espontáneo una fuerza corriente de inmigración europea que aporte con el gran factor económico, el hombre, los elementos de sociabilidad y cultura que han atesorado las viejas civilizaciones».¹²⁸

Sin embargo, el hecho de que Varona admitiese la existencia de diferencias entre las razas no le situó en una postura racista propiamente

en el sentido íntegro de este concepto, porque no discriminó a ninguna raza. Al contrario sabido es que una de sus diferencias básicas con el Partido Autonomista fue en relación con la esclavitud y la cuestión racial.

Varona fue siempre un defensor de la liberación de los negros esclavos y pensaba que esta raza podía emanciparse y alcanzar una posición similar a la de los blancos si se empeñaba en desarrollar la educación, por esto saludó primero y estimuló después la incorporación de los hombres de la raza negra al estudio. Sabía muy bien que para que Cuba pudiera desarrollarse era necesario eliminar la discriminación racial, al igual que la discriminación de la mujer, a la que también con mucha fuerza se opuso.

«Una raza totalmente desheredada –escribía en 1895–, en la vida del derecho y de la cultura no puede adquirir en un día los elementos con que cuentan las que con ella compiten para cumplir la difícil labor que deben realizar las sociedades; más hay una vía –una sola– para que llegue a poseerlos: la educación, profusa y sabiamente distribuida. Y esto a todos importa igualmente, a los que están por educar y a los ya educados; porque en un pueblo –por separados que se crean sus componentes no puede padecer una parte sin que todos padezcan.»¹²⁹

Varona admiró la participación de los negros en nuestras guerras de independencia, así como su participación en la vida política y social del país una vez lograda esta. Se lamentó de la insurrección de los independientes de color de 1913, que produjo una verdadera guerra racial en Cuba, y consideró este deplorable acontecimiento en el que fueron ahorcados todos los prisioneros negros, como una prueba más de los errores que se cometían en el trato que se daba a esta raza. A la vez reconocía los méritos de la oblación negra por elevar su nivel cultural y dejar atrás la ignorancia a que la había sometido el amo esclavista.

«Por su parte el elemento de color –escribía en los momentos que se producía esa insurrección–, cuya participación en la lucha por la independencia resulta digna del mayor aprecio, ha permanecido en su gran mayoría fiel a una línea de conducta que le ha permitido realizar sólidos progresos y ocupar decorosamente un lugar apreciable en nuestra vida pública»¹³⁰.

Varona creyó durante la mayor parte de su vida en la existencia de diferencias raciales como consecuencia de los desniveles en el proceso de la evolución. Sin embargo, esta concepción no le condujo a discriminar a ninguna raza, en realidad pensó que la educación podía atenuar esas diferencias.

Comprendió que la raíz de la situación de la raza negra en Cuba se encontraba en lo socioeconómico y no en lo racial, por eso sus ideas de sus últimos años sobre las condiciones de los negros, están ligadas a las condiciones de explotación en que vivían los obreros y los campesinos. Ellos eran tan esclavos de la sociedad capitalista como lo habían sido los negros en el siglo pasado y Varona reconoció cabalmente esta real condición.

En 1928, abordando nuevamente esta cuestión, afirmaba: «Durante mis años de profesorado en la Universidad tuve muchos alumnos de color y no advertí diferencia de capacidad entre ellos y sus compañeros blancos»¹³¹. Por la tanto el enfoque inicial, limitado, sobre el problema racial, no constituyó un obstáculo para que comprendiera donde radicaban las causas de las desigualdades entre los hombres.

Las concepciones antropológicas de Varona estaban articuladas a sus criterios respecto al lugar que ocupaban determinados sectores sociales discriminados por razones de género, raza, generación, etc., que evidenciaban la falta de maduración del espíritu de la modernidad en estas tierras latinoamericanas y en especial en Cuba lo mismo en la época colonial que una vez lograda la seudo independencia. Para el pensador cubano era nefasto que se mantuvieran como rémora primero la esclavitud de los negros, que aunque logra su abolición formal en 1886 mantiene por múltiples vías sus formas de existencia y la discriminación a que eran sometidos los descendientes de esa raza en todos los órdenes de la vida cubana.

A fines del siglo XIX prevalecían aquellos criterios antropológicos de corte frenológico, evolucionista y con sesgos socialdarwinistas según los cuales no todas las razas tenían similar nivel de desarrollo e incluso magnitudes diferentes de la capacidad craneana y número de circunvoluciones.

Varona aceptó las ideas divulgadas por la antropología francesa según la cual la masa encefálica de un alemán o un francés se diferenciaba en por mayor abundancia de sustancia gris, mayor número de circunvoluciones y hasta un treinta por ciento mayor de magnitud. No obstante ponía todo su empeño en que la educación y el proceso civilizatorio condujese a eliminar paulatinamente las diferencias de desarrollo. Por tal motivo se oponía a cualquier postura que buscase argumentos biológicos para justificar el racismo y la esclavitud de una raza por otra.

Desde inicios de la década del ochenta existen testimonios de su actitud en contra de la esclavitud como lo revela la carta que le dirige el 6 de octubre de 1882 Rafael María de Labra celebrando su aceptación de la representación de la Sociedad Abolicionista, así como su poema «Bajo la copa del cielo» que expresa su crítica a esa vetusta institución.

Del mismo modo elogió las posturas de Félix Varela y José Antonio Saco, quienes desde una época anterior a la de él, comprendieron que los graves problemas de la nación cubana no se resolverían hasta que no desapareciese la esclavitud. A su juicio: «Ha sido forzoso que, en época bien anterior, la mirada perspicaz y escrutadora de hombre verdaderamente amantes de su país, contemplase fijamente las tinieblas, sondease el porvenir y anunciase a Cuba, que no podía, que no debía esperar reposo ni prosperidad verdaderas mientras no se decidiese a resolver el problema fundamental entre todos los suyos, el problema de la redención del esclavo, de la libertad de la raza negra»¹³². Con razón argumentaba que lo que años anteriores a él era considerado una utopía, en términos que Ernst Bloch denominaría posteriormente utopía abstracta, y que con el tiempo se convertiría en una utopía concreta y por tanto, realizable.

Estimó altamente el heroísmo, el patriotismo y especialmente el espíritu de superación y mejoramiento integral que caracterizaba a los negros cubanos aun en medio de las adversas condiciones de la dominación colonial. Por eso saludo el gesto de convertir algunos centros de recreación de la población negra en escuelas por lo que declaraba: "Los

hombres de color han sabido comprender lo que de ellos exige la nueva condición a que al fin son llamados, y quieren prepararse dignamente a los deberes del hombre libre y del ciudadano (...) ¹³³. Aunque a la vez consideraba que iba a ser un proceso largo pero necesario para el beneficio no solo de la raza negra sino de todos los cubanos.

En 1896 en plena contienda por la independencia cuando se manifestaba aún más la participación de la raza negra en la vida nacional cubana expresaba: «A pesar de no haber contado Cuba con verdadera inmigración blanca, la raza de color apenas excede el 30 por ciento entre nosotros; y su estado no sufre comparación con el que presentaba en el continente aún muchos años después de la independencia. Su esfuerzo por elevarse en la instrucción y por morigerarse es una de las páginas más conmovedoras de nuestros anales, en los últimos veinte años. De su patriotismo hay ejemplos memorables desde el grito heroico de Yara hasta nuestros días»¹³⁴.

Y posteriormente en la vida republicana continuaría elogiando esas manifestaciones de engrandecimiento de un sector tan maltratado durante la esclavitud y cuando ya se ponían de manifiesto nuevas contradicciones sociales que bajo la fachada de conflictos raciales encubrían las serias contradicciones de la sociedad cubana.

Varona trató desde las filas del Partido Conservador y ya como candidato de Vicepresidente de la República acompañando la candidatura de Mario García Menocal, de mediar con su acostumbrada elocuencia¹³⁵ en aquella insurrección del Partido de los Independientes de Color que propiciaba una nueva participación de marines yanquis para aplacar el levantamiento lo que para el pensador cubano resultaba muy peligroso pues daba pie nuevamente a la injerencia norteamericana en los asuntos que los cubanos debían resolver por sí mismos.

Sus frecuentes elogios al decisivo papel de los negros en la vida nacional cubana se hicieron más necesarios y válidos al tratar de armonizar aquel enraizado conflicto que era algo más que interétnico. Por eso convocaba a la fracción insurrecta a que buscara soluciones pacíficas a sus justificados reclamos.

Varona sabía muy bien que la historia de Cuba dependía decisivamente también de la participación que siguiese teniendo la población negra en el todas las manifestaciones de la vida nacional.

Un elemento que guarda estrecha relación con el análisis multifactorial del desarrollo social fue el de las aproximaciones y distanciamientos de Varona respecto a la teoría socialdarwinista. La concepción varoniana de concebir la sociedad como un organismo estaba en correspondencia con el desarrollo que había alcanzado la biología como ciencia en el siglo XIX. Similar pretensión tenían los positivistas como Varona respecto a la sociología. Su intención era concebir los fenómenos sociales por medio de un enfoque sistémico a través del cual la estructura y función de cada elemento que compone el complejo andamiaje social pudiese ser explicada con la misma objetividad con que se hace en el estudio de cualquier ser vivo.

Por tal motivo consideraba que «La gran ley que rige la vida de la sociedad, como la de todos los organismos, o sea, una adaptación continua a las circunstancias externas, merced a transmisión hereditaria de caracteres útiles, adquiridos por variaciones lentas en el curso de la vida individual y colectiva»¹³⁶

De tal forma se identificaba con el reduccionismo propio del darwinismo social, que implicaba subordinar la complejidad de las leyes sociales a un nivel inferior del desarrollo de organización del mundo material, esto es, el mundo biológico.

Esta concepción le condujo inicialmente a admitir la existencia de razas humanas superiores e inferiores, y hasta admitir la existencia de «caracteres morales de las razas»¹³⁷. Su punto de partida socialdarwinista se apreció en determinados momentos de los inicios de su evolución intelectual, cuando llegó a plantear «el principio de la selección moral dando el triunfo en la lucha por la existencia a las razas más activas, inteligentes y virtuosas»¹³⁸.

Sin embargo, resulta muy significativo que Varona no se dejase arrastrar por las consecuencias ideológicas de tipo racista que era común

encontrar en algunos defensores de las ideas socialdarwinistas. Por el contrario, sus tesis *melioristas* y su confianza en el papel activo de la acción humana, y en especial de la acción política y educativa, le hicieron oponerse a la esclavitud de los negros, a su discriminación, así como a cualquier tipo de justificación biologizante de la explotación de algún pueblo.

Si las ideas sobre las diferencias raciales entre los pueblos habían servido de algún modo a la justificación ideológica de algunas de las empresas coloniales, por el contrario, más bien trató de utilizarlas para fundamentar la necesaria emancipación del pueblo cubano.

En 1883 en uno de sus acostumbrados discursos en que criticaba la situación del país en plena efervescencia de la explosiva situación que iría fomentado la Tregua Fecunda denunciaba: «Pueblo moderno, lo somos por la época que alcanzamos, y a los ojos superficiales, por los caracteres externos de nuestras costumbres, de nuestras ideas, de nuestra cultura en una palabra... A poco que miremos más de cerca, la triste realidad se nos presentará sin afeites, y veremos que aquí lo moderno es el barniz exterior, en el fondo tenemos una sociedad antigua, edificadas sobre las mismas bases de aquellas que tan memorable ejemplo han dejado al mundo con su caída: la esclavitud de una raza y el menosprecio de la mujer»¹³⁹.

Varona analizó la situación de la mujer como un problema social. Si bien admitió las naturales diferencias biológicas entre el hombre y la mujer no por ello pensó que la mujer debía continuar en la situación de alejamiento de muchas de las más importantes actividades económicas, políticas y sociales, como sucedía.

Pensaba que ésta se debía incorporar a la vida social de una forma más activa, aunque no apreció cabalmente todas las posibilidades que tiene la mujer en una sociedad donde se le considere; por eso pensaba que la mujer profesional no podría desarrollar sus obligaciones domésticas y familiares en su totalidad y por tanto, no debía contraer matrimonio. No obstante estos criterios y otros que tienen su base en la ya analizada «ley de la diferenciación», le hacía considerar que las llamadas labores

femeninas tenían que ser, necesariamente, efectuadas por mujeres, como una consecuencia natural de esa ley. A pesar de estas limitaciones fueron muy positivas sus ideas sobre la emancipación de la mujer especialmente sus consejos dirigidos a brindarle libre participación en la actividad científica.

Varona admiró a las mujeres de los países desarrollados, que se incorporaban a las labores profesionales y las situaba como ejemplos a seguir por la mujer cubana. Destacaba el papel de las grandes mujeres que habían desempeñado funciones relevantes en determinadas épocas, así como figuras femeninas de la política internacional contemporánea. Denunciaba cómo la situación de ignorancia y aislamiento a que el hombre sometía a la mujer, la convertía en un ser infeliz, tierra de cultivo para la superstición, lo que constituía un obstáculo para el progreso social.

En esa época prevalecía el criterio de que la mujer disponía de una capacidad craneana inferior a la del hombre¹⁴⁰ ante el cual Varona respondería exaltando las potencialidades creativas del género femenino cuando este lograra su emancipación.

A su juicio las causas de tales fenómenos no había que buscarlas en presuntos factores biológicos, sino en las condiciones de un medio social desfavorable que había propiciado tales situaciones discriminatorias. Por eso consideraba: «La culpa es del medio en que han, no vivido, vegetado, del funesto desequilibrio en que han quedado sus facultades por falta de cultivo; de la implacable supremacía que ha dado al hombre su fortaleza, ejercida sin freno y sin tiento desde la edad más temprana, sobre tantos seres débiles y abyectos, acostumbrados a plegarse sin murmurar siquiera al fruncirse las negras cejas del señor omnipotente»¹⁴¹.

Varona le otorgó mucha importancia al papel de la mujer y la familia en el progreso de la sociedad. Al respecto Martí, quien a su vez colocó siempre a la mujer en el pedestal más elevado, destacó significativamente las ideas de Varona al respecto.

Varona reconocía al igual que otros intelectuales de su época, como Rafael Montoro¹⁴², el papel destacado de las mujeres en grandes ideas y

transformaciones sociales de la vida moderna como en el caso de la Revolución Francesa.

Confiaba en el incremento del papel de la mujer en el desarrollo científico y político de la sociedad, además de su insustituible función en el desarrollo de la familia. «Pues ha de vivir y es lucha la vida, –sostenía– dejadla tomar las mejores armas, las de la ciencia. Una educación muy sólida, porque la mujer es un ente moral cuyos sentimientos, deseos y pasiones tienen un influjo constante en la vida de las sociedades, que pueden alterar y trastornar, como pueden conservar y fortalecer; porque su papel es preponderante en el hogar, donde se templan los caracteres, de cuya pugna o concierto resulta luego la prosperidad o la ruina de los estados»....(...) «Una educación muy sólida, porque la mujer es un miembro de la sociedad, y cuando por excepción vive solo para sí, debe conocer los derechos que la guardan, como conoce los deberes que practica, y no hay razón para que la dejéis indefensa cuando se queda en el aislamiento. Puesto que es una persona jurídica, abridle los secretos de la ley, dejadle conocer la organización y el mecanismo del cuerpo social de que forma parte y a cuyo desarrollo contribuye». ¹⁴³

Concebía la necesidad de una educación diferenciada para ella de acuerdo a las funciones específicas que esta debía desarrollar pero como considera Vicentina Antuña: «Varona se planteó la reforma –en el fondo revolucionaria– de la educación de las mujeres, como un problema de su tiempo»¹⁴⁴.

Para Varona la mujer debe tener acceso a «Una educación muy sólida y espiritual, para que se desarrollen armónicamente facultades que están en lastimosos desequilibrio; para que la mujer gracias al cultivo atinado de lo que le es genial y privativo complete al hombre y sea su compañera, y si es necesario –!cuantas veces lo es!– su mejor apoyo en la escabrosa y sombría jornada»¹⁴⁵.

Le atribuía una gran misión a la labor educativa en la formación de mentalidades renovadoras y actitudes superadoras del estado de postración en que se encontraban estos sectores sociales discriminados o subestimados. «Tiempo es de preparar los nuevos cimientos, de pensar

en las futuras construcciones, de trazar la obra del porvenir. Si no educamos a la mujer para que sea la cooperadora en la ardua labor de nuestra vida social; si no educamos a los jóvenes en el respeto y el amor a la mujer, que ha de ser su copartícipe en la tarea de la existencia, despidamos de nuestro pecho a su más dulce huésped, la esperanza....»¹⁴⁶.

En la reivindicación de los derechos de la mujer por poder participar de modo activo en la sociedad estuvo su defensa de que pudieran optar libremente por estudios profesionales de acuerdo a sus posibilidades y aptitudes para lo cual abogó por una enseñanza secundaria diferenciada para las niñas por cuanto diferente sería la función social que ellas desempeñarían con independencia de la profesión que eligiesen y lograrse. Por eso planteaba: «Una cosa es educar bien y ampliamente a las mujeres, y otra darles la misma instrucción que a los hombres; una es el derecho que posee la mujer de elegir la profesión o carrera para que tenga aptitud o por la que sienta inclinación, y otra la utilidad práctica que para el mayor número ofrezca la instrucción profesional.»¹⁴⁷

Otro sector social que estuvo permanentemente valorado y estimulado en Varona fue la juventud. A ella dedicó sus célebres *Conferencias filosóficas*, pronunciadas a inicios de la década de los ochenta, al escribir: «A la juventud cubana en cuyo corazón deseo fervorosamente que jamás se extinga el amor a la ciencia que conduce a la posesión de sí mismo y a la libertad»¹⁴⁸.

Resulta significativo que incluso en los momentos de crisis de su pensamiento en que afloraron cuestionamientos sobre la condición humana no se observan ningún planteamiento que ponga en duda las potencialidades de la juventud y la veía como en esos años como un reservorio de lo mejor que podría lograr la sociedad cubana si sabía encausarla adecuadamente. Así en 1917, en plena etapa de zozobra de sus ideas antropológicas, sostenía: «La esperanza del mundo, esa preciosa simiente de mejores destinos, está depositada en manos de nuestros mancebos. Que no contaminen su espíritu ferviente las miasmas deletéreas de nuestra desesperación. Que esperen a pesar de todo y contra todo; y

que sepan realizar con generoso esfuerzo lo que les promete para el mañana el noble ardor que los espolea. Que sepan desnudarse de veras del hombre viejo, y que logren realizar, en hora más bonacible, la necesaria palingenesis de la humanidad».¹⁴⁹

Y en otro momento al respecto apuntaba: «la juventud siembra; la edad madura cosecha; la vejez consume los rastrojos»¹⁵⁰. La mayor confianza de Varona en la juventud se plasmó al final de su vida cuando apoyó el movimiento estudiantil de la reforma universitaria y la lucha contra la dictadura de Gerardo Machado. A juicio de Raúl Roa, quien participaba activamente en aquellas luchas: «Varona ocuparía posición de vanguardia en la brega. Dio lo que pudo y lo que no pudo. Su casa siempre estuvo abierta a la juventud perseguida. No obstante sus años y su maltrecha salud, aceptó participar en el acto organizado, a la memoria de Rafael Trejo...»¹⁵¹, estudiante asesinado por la policía.

Al analizar la participación popular y en especial de la juventud en aquellos acontecimientos con entusiasmo renovado cuando la policía machadista ocupó la Universidad y encontró la resistencia estudiantil opinaría que: «La actitud de los estudiantes cubanos, que constituyen la más pura fuerza del país, al protestar de la violación de nuestros postulados constitucionales me reafirma el concepto de que Cuba tiene una juventud capaz de afrontar cualquier situación, por difícil que sea, en defensa de las libertades públicas o individuales. Bajo la honda impresión proporcionada a mi espíritu en esta mañana, me dirijo a la juventud universitaria alentándola a mantener su actitud valerosa»¹⁵²

Se puede coincidir con el criterio de Raquel del Valle según el cual “Varona fue, sin duda, el maestro de las nuevas generaciones. Su palabra sencilla y su ejemplo vivo constituyeron verdaderas lecciones de humanismo”.¹⁵³

En el pensamiento sociológico de Varona se destaca la atención que le otorgó a todos los sectores y estamento sociales. Puso su atención en las clases más adineradas, hacendados y empresarios, a quienes le solicitó colaboración en la empresa independentista y en la construcción de una sociedad moderna, industrial, capitalista y democrática. Del mismo modo

que fueron frecuentes sus reflexiones sobre los obreros, campesinos y otros sectores laborales significativos de la sociedad como los maestros. Pero ni siquiera los delincuentes, prostitutas, mendigos, etc., fueron olvidados en sus reflexiones por mejorar la sociedad cubana.

Inicialmente Varona no había prestado tanta atención en la existencia de la lucha de clases, como lo haría posteriormente en la etapa final de su vida; enfatizaba al principio mucho más en otras formas de lucha del hombre con la naturaleza, el medio geográfico y con el propio hombre, por lo que en un inicio puso de manifiesto una concepción multifactorial sobre el desarrollo social, hasta que llegó a reconocer el significado especial que para el mismo poseía el elemento económico.

Las reflexiones antropológicas de Varona estaban condicionadas por el nivel de información que poseía tanto de las ciencias naturales y sociales como de la filosofía de su época. Aunque manejaba varias lenguas extranjeras y su acceso a múltiples fuentes era relativamente amplio para su época, sin embargo hay que destacar algunas teorías antropológicas y sociológicas que ya comenzaban a difundirse en Europa en el proceso de superación del positivismo y otras que serían publicadas después de la muerte de Varona, motivaron en ocasiones el carácter sesgado de algunas de sus aseveraciones.

A pesar de tales limitaciones las ideas de corte evolucionista que asumió le posibilitaron un distanciamiento crítico de la filosofía especulativa y las concepciones metafísicas e idealistas sobre la condición humana y le aproximaron siempre a una visión más proclive a los resultados de la ciencia sobre el hombre a fin de lograr su progreso.

Hostos y Varona hicieron de los estudios sociológicos no solo un cultivo académico sino un instrumento de análisis interpretativo de sus respectivas circunstancias y sobre todo de transformación revolucionaria independentista de Puerto Rico y Cuba. Sus obras constituyen dos significativas expresiones del nivel alcanzado por la sociología en el ambiente intelectual latinoamericano de fines del siglo XIX. Las repercusiones de su obra se evidenciaron en varios países latinoamericanos y forman parte de su patrimonio cultural.

NOTAS

² Véase: Guadarrama, P. *Positivismo en América Latina*. Universidad Nacional Abierta a Distancia. Bogotá. 2001; *Positivismo y antipositivismo en América Latina*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana. 2004.

³ Véase: Guadarrama, P. «Hostos y el positivismo *sui generis* latinoamericano.» *Revistas de Historia de la Educación Latinoamericana*. Doctorado en Ciencias de la Educación. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Tunja. 2004. p. 209-234.

⁴ E. M. de Hostos, *Tratado de sociología. Obras Completas de Hostos*, tomo XVII, La Habana, Editorial Cultural SA, 1939, p. 145.

⁵ La prestigiosa editorial Routledge de Inglaterra publicó el libro *Fifty Mayor Thinkers on Education: From Confucius to Dewey* (Cincuenta grandes pensadores en torno a la educación: de Confucio a Dewey) en el que colaboraron intelectuales de unos diez países, se presentan las ideas y obras de lo que se considera son cincuenta de los más importantes pensadores en materia de educación de la historia hasta la mitad del siglo XX. Entre los pensadores incluidos en este volumen se encuentran Sócrates, Jesús de Nazaret, San Agustín, Erasmo, Comenio, Locke, Rousseau, Humbolt, Froebel, Spencer, Nietzsche, Montessori, Gandhi, Ortega y Gasset y Eugenio María de Hostos.

⁶ «(...); la *Sociología*, primer libro americano de sistematización de estas materias:» Roig de Leuchsenring. Emilio. «Hostos, apóstol de la independencia y de la libertad de Cuba y Puerto» en Roig, Emilio (recopilación). *Hostos y Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, la Habana, 1974. p. 35

⁷ «(Hostos) escribió el primer tratado general (de sociología) en Hispanoamérica, al estilo de los que se escribían por aquel entonces en Europa sobre la materia». Giner, Salvador «El pensamiento sociológico de Eugenio María de Hostos» en: *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico*, Vol, VII, N .3, Sept. 1963, p. 218.

⁸ «(...) Eugenio María de Hostos abre nuevos campos, desbroza nuevos caminos en sus intentos de ofrecer una visión sistemática de la sociología, un nuevo enfoque científico de la realidad social que se asiente sobre el saber empírico y sobre la más rigurosa metodología científico-social». Maldonado Denis, M. «Prólogo» a *Moral Social. Sociología*. Biblioteca Ayacucho. Caracas. 1982 p, XVII.

⁹ Hostos. E.M «Tratado de sociología» en *Moral Social. Sociología*. Biblioteca Ayacucho. Caracas. 1982. p. 4.

¹⁰ Hostos. E.M *Obras Completas de Hostos*. Edición citada. T. XVII, p. 202.

¹¹ Hostos. E.M «Tratado de sociología» en *Moral Social. Sociología*. edi. cit. p. 34.

¹² *Idem*. p.122

¹³ *Idem*. p. 122-123

¹⁴ «El estudio más completo de la vida de los hombres corresponde a la historia, y como del estudio mismo de la historia es de donde efectivamente surgió en la mente de los pensadores la idea de una ciencia social», *Idem*. p. 12.

¹⁵ Hostos, E. M. *Ensayos didácticos. Obras completas de Hostos*, edi. cit., p. 13.

¹⁶ «No hay dudas que hay un núcleo positivista en nuestro filósofo, especialmente por lo que se refiere a la negación de la metafísica y la exclusividad del conocimiento científico. Pero otras tesis francamente positivistas no se encuentran en Hostos: la total negación de la racionalidad de los juicios de valor, la separación neta entre juicios descriptivos y valorativos, y el fenomenalismo. Así pues, ninguna de estas tres tesis definitorias del positivismo se encuentran en Hostos». Rojas Osorio, C. *Hostos. Apreciación filosófica*. Humacao, Colegio Universitario de Humacao. Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1988, p. 2.

¹⁷ Hostos. E.M. «Tratado de sociología» en *Moral Social. Sociología*. edic. cit. p. 133.

¹⁸ *Idem*. p.35.

¹⁹ *Idem*. p.13.

²⁰ *Idem*. p.15.

²¹ *Idem*. p.14.

²² *Idem*. p.15.

²³ «Las fuerzas sociales, al pasar de un medio social a otro medio social, se quebrantan. No podemos, por tanto, esperar que un hecho social sea exactamente el mismo, en dos distintas latitudes, ni aun en dos distintas longitudes; en dos tiempos distintos de la historia, ni en dos estados distintos de la sociedad; ni aun en el mismo tiempo en distinto estado, ni aun en el mismo estado en distinto tiempo. Sabiendo de antemano que la modificación ha de sobrevenir, todo empeño en evitarla ha de ser inútil o insensato. Pues bien: si al proceder a la aplicación de recursos y arbitrios sociales, o a la aclimatación de un beneficio social, o a la implantación de un bien social, sabemos que hay una ley de la naturaleza que se opone fatalmente (es decir, en virtud de necesidad incontrastable) a que el hecho, o el adelanto, o el beneficio, se reproduzca exactamente, es claro que no nos empeñaremos inútilmente en hacer la adaptación, o la aclimatación, o la aplicación. Si abstraemos de nuestra actividad social todos los empeños encaminados a ese esfuerzo de adaptación inútil, es indudable que ganaremos, en tiempo, en cantidad de trabajo y en calidad de beneficios sociales, todo el tiempo y todo el trabajo que hayamos ahorrado en una adaptación productiva». *Idem*. p. 50

²⁴ *Idem*, p. 102.

²⁵ «Si se quiere tener una idea unitaria de todas las enfermedades que aquejan al cuerpo social, bastará reflexionar que en la sociedad, como en el individuo, la enfermedad tiene por fuerza, que ser, y necesariamente es, una alteración de una o de todas las funciones de la vida». *Idem*. p. 103

²⁶ *Idem*, p. 74.

²⁷ *Idem*. p.103,

²⁸ *Idem*. p. 107

²⁹ «La teoría individualista no es considerada históricamente más que como una reacción contra la teoría *socialista*, o, más bien, contra la práctica de la teoría *socialista*, que se ha estado haciendo por todas las sociedades políticas, desde que el mundo es mundo, con la sola excepción de los Estados Unidos, y de alguna que otra república

antigua o moderna. La teoría *socialista*, como diametralmente opuesta a la *individualista*, sostiene y afirma lo contrario que ésta. Para ella la sociedad es todo, y el individuo es nada; la sociedad es el derecho, y el individuo el deber; la sociedad es la fuerza, y el individuo el instrumento». *Idem*. p. 137.

³⁰ Entre las auscultaciones que han de hacerse para averiguar las causas y concausas de las enfermedades intelectuales que afectan endémica o epidémicamente a las sociedades humanas, una de las más reveladoras es siempre la del clima y la zona; pero no pueden, a veces, ser más sugestivas las que dan cuenta de la influencia de las tradiciones, ya históricas, ya sociales, ya morales, ya políticas. Estas influencias, que en resumidas cuentas son *mesológicas* o de medio social, se pueden y aún deben distribuir en dos grupos, a fin de guiarse por ellas al conocimiento de las enfermedades intelectuales de la sociedad. Los dos grupos de influencias mesológicas son: el de *las influencias físicas*, y el de *las influencias psíquicas*. *Influencias físicas*. –Las influencias físicas que principalmente cooperan a los desarrollos intelectuales de la sociedad, son: *el clima, la topografía y la perspectiva escénica de los territorios*. *Idem*. p. 108.

³¹ «Como pocos hispanoamericanos de su hora, como apenas pudo entrever el positivismo, Hostos poseyó la clave misma de lo que se llamó la ‘liberación mental’ de América. En efecto, frente a aquel dualismo irreductible que a lo largo del siglo XIX americano se presentó bajo la forma de barbarie-civilización, medioevo-modernidad, naturaleza-razón, ciencia-humanismo, el positivismo se había pronunciado por el rechazo de uno de los términos polarizantes: barbarie, medioevo, irracionalidad. Hostos, en cambio, pronunció una palabra nueva. El mensaje del ‘hombre completo’ fue precisamente la superación de todo dualismo. ‘Ser finalmente mediador entre el racionalismo excesivo y el pasionalismo de los que creen que todo lo hace la pasión’, había escrito. En la íntima alquimia de su ser, la barbarie, las fuerzas irracionales han sido aceptadas y forman parte de un orden superior (...) El concepto de ‘hombre completo’, en este sentido, fue un paso extraordinario en la historia de nuestro pensamiento.» Massuh, V. «Hostos y el positivismo hispanoamericano.» *Ideas en torno de Latinoamérica*, volumen II, México, UNAM, 1986, p. 1220.

³² Véase: Maddaloni, D. «Prefazione. Hostos e Varona tra colonialità del sapere e lotta per l’emancipazione» en *Le origini della sociologia in America Latina. Eugenio María de Hostos ed Enrique José Varona*. A curia di Pablo Guadarrama e Domenico Maddaloni. Ipermedium libri. Salerno. 2016. pp.7-18.

³³ Hostos. E.M «Tratado de sociología» en *Moral Social. Sociología*. edi. cit. p. 11.

³⁴ *Idem*. 29.

³⁵ «Aun hoy, a pesar de la cantidad de los conocimientos positivos, que, aplicándose a la actividad industrial, ha dado por fruto este industrialismo sin precedentes y sin paralelos en la historia de la humanidad; a pesar de que ese progreso de las ciencias de aplicación está fundado en el progreso de las ciencias de abstracción, y éste está fundado en el desarrollo mayor de razón que ha alcanzado hasta ahora nuestra especie; a pesar de eso, el intelectualismo de nuestro tiempo no es comparable al de la antigua Grecia. En aquel rápido florecimiento de la familia helénica, el desarrollo de la actividad mental fue tan vivo y tan fecundo, que todavía es la admiración de los historiadores, motivo de indagación de los pensadores y fuente de vivas complacencias para los contempladores desinteresados de la vida del hombre en el planeta» *Idem*. 59

³⁶ *Idem.* 120

³⁷ Véase: Guadarrama, P. «El conflicto barbarie y civilización: la nordomanía de Sarmiento» en Guadarrama, P. *Pensamiento Filosófico Latinoamericano. Humanismo, método e historia.* Università degli Studi di Salerno-Universidad Católica de Colombia-Planeta. Bogotá. Tomo I. 2012. pp. 322-345.

³⁸ Hostos. E. M. *Tratado de Moral*, en *Moral Social. Sociología.* edi. cit., pp. 102-103.

³⁹ Hostos. E. M. *Obras Completas. Edi. Cit.* T. XVII, p. 100.

⁴⁰ Hostos. E.M «Tratado de sociología» en *Moral Social. Sociología.* edi. cit., p. 129

⁴¹ *Idem.* p. 128

⁴² *Idem.* p. 127-128.

⁴³ Hostos. E.M «Tratado de sociología» en *Moral Social. Sociología.* Edi cit. . p. 15.

⁴⁴ Véase: Guadarrama, P. «La condición humana en el pensamiento latinoamericano del siglo XX». *Memorias del Congreso Internacional de Filosofía Contemporánea.* Universidad de San Buenaventura. Bogotá. 2011 en Guadarrama, P. *Pensamiento Filosófico Latinoamericano. Humanismo, método e historia.* Università degli Studi di Salerno-Universidad Católica de Colombia -Planeta. Bogotá. Tomo III. 2013. pp.420-440; Guadarrama, P. *La condición humana en el pensamiento cubano del siglo XX.* (Director de colectivo de autores). Editorial Ciencias Sociales. La Habana. Tomo III 2014. www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/cuba

⁴⁵ «*El progreso humano.* –Los perfeccionamientos de una época pueden ser superiores a los de otra época histórica, ya anterior, ya posterior, al modo como nuestros perfeccionamientos individuales pueden ser en un tiempo mayores que en otro. En general, se puede decir que nosotros nos perfeccionamos en razón y a medida del crecimiento de nuestras capacidades físico-psíquicas. En general, también, las sociedades se perfeccionan según el crecimiento de sus facultades físico-psíquicas: de lo cual resulta que el límite del perfeccionamiento individual y social es la capacidad de desarrollo físico-psíquico del hombre». Hostos. E.M «Tratado de sociología». en *Moral Social. Sociología.* edi. cit. p. 81

⁴⁶ «*El progreso está en relación positiva de la educación y en relación negativa del menor grado de perfeccionamiento.*» en *Moral Social. Sociología.* Edi. cit. p. 27

⁴⁷ Hostos. E. M «Tratado de sociología» en *Moral Social. Sociología.* Edi. cit. p. 15.

⁴⁸ Véase: Guadarrama, P. «La sociología en el pensamiento de Enrique José Varona». *Islas.* Revista de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas. Santa Clara. Revista de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas. Santa Clara. # 60. 1978. pp. 83-126.

⁴⁹ «La política, como arte fundado en la naturaleza de la sociedad, en las condiciones de su desarrollo, en el propósito de su vida, nunca ha podido florecer sino cuando los políticos y estadistas se han guiado más o menos puntualmente por esa naturaleza, condiciones y fin de la sociedad. En el fondo, la política no es más que arte sociológico, o

lo que es mismo, un arte cuyas reglas no han podido tomarse sino en las formas y fondo mismo de la sociedad. Por tanto, son evidentes las relaciones entre el arte sociológico de la política y la Sociología, puesto que el arte no hace otra cosa más que aplicar, empíricamente y al tanteo, las leyes invariables que más o menos confusamente entrevé y obedece». Hostos. E. M «Tratado de sociología» en *Moral Social. Sociología*. edi. cit. pp. 120-121.

⁵⁰ «En todos los estados sociales, desde el salvajismo hasta el mayor florecimiento de civilización, el hombre se afana por transmitir al hombre, el padre al hijo, la madre a la hija, el pastor a su grey, el cura a su feligresía, el maestro a sus discípulos, el instructor a sus reclutas, el contramaestre a sus grumetes, las instituciones culturales a la sociedad entera, las nociones de verdad, de bien, de belleza, que constituyen el saber humano. De tal modo es exigente en el hombre realmente racional esta necesidad de educación, que aquellas sociedades en las cuales ella es el motivo de las luchas sociales, religiosas y políticas, son las sociedades más activas, más progresivas, más capaces de ser civilizadas y que más pronto concluyen por civilizarse.» *Idem*. p. 17.

⁵¹ «Hay estados sociales y situaciones transitorias en las sociedades, que, lejos de hacernos creer en la posibilidad de un ideal para los hombres, nos dejan dolorosamente convencidos de que el hombre es un animal de presa que no vive más que para apoderarse de ella a las buenas o a las malas: a las buenas, por la mentira y por la astucia; a las malas, por la fuerza bruta y la traición. Pero si, considerando el desarrollo histórico del hombre en el planeta que habitamos, nos ponemos a meditar en los resultados sociales de ese desarrollo, y llegamos a convencernos de que el crecimiento de las aptitudes humanas para el bien corresponde en definitiva al crecimiento de sus aptitudes para la verdad, y que es obra de educación, de encaminamiento, de dirección de la razón y la conciencia de los hombres, la obra de mejoramiento, de perfeccionamiento, de moralización, de religamiento de los hombres en el mismo propósito de perfección y bien, ya no dudaremos de la capacidad del hombre para alentar un ideal». *Idem*. p. 37

⁵² *Idem*. p. 70.

⁵³ *Idem*. p. 22

⁵⁴ «El segundo fenómeno social, factor de la civilización, factor de orden, factor de ley universal de las sociedades, es el trabajo. Y el trabajo es un hecho cósmico. La naturaleza trabaja de continuo; la naturaleza es el trabajo naturado; la naturaleza es el resultado del trabajo invisible y visible, mínimo y máximo, latente y aparente: astros de todo el Universo, planetas de todos los sistemas, elementos compositivos de todos los planetas, fuerzas cósmicas, materia cósmica, células vivas, seres determinados por la célula, cadena de seres, ya en la elaboración embrionaria y fatal, ya en la cadena constituida de los seres vivos, todo es obra del trabajo: el Universo no tiene un momento de reposo. Siendo la sociedad una de las resultantes necesarias de la actividad del cosmos, sería absurdo suponerla substraída a las leyes generales de la naturaleza, y nos es forzoso considerarla como dentro de la naturaleza, como uno de los resultados de la naturaleza, como una de las manifestaciones de la actividad de la naturaleza. Resultado de la naturaleza, la sociedad tiene que estar sometida al mismo procedimiento que la produce y determina. Es –por tanto– del orden universal de la naturaleza el fenómeno del trabajo, que hemos visto produciendo la enorme cantidad de hechos de actividad espontánea y reflexiva que constituyen la obra del trabajo humano» *Idem*. p.30

⁵⁵ «En realidad, la Ley de Sociabilidad no es exclusivamente de seres racionales, pues que también obedecen a ella los vegetales y los animales. Y como es una tendencia natural de la inducción el buscar sus fundamentos en los hechos primeros, primitivos, anteriores a todo otro, la Ley de Sociabilidad puede llegar a encontrarse, y efectivamente se encuentra, relacionada con hechos de carácter cosmológico. Así, en las pequeñas masas, actúa la cohesión; en las masas mínimas, la afinidad; en las masas máximas, la atracción». *Idem*. p. 24.

⁵⁶ Roig, Emilio (recopilación). *Hostos y Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, la Habana, 1974, p. 30.

⁵⁷ Hostos, E.M. *Tratado de Moral*, en *Moral Social. Sociología*. Edi. cit. p. 57.

⁵⁸ Pimentel, M.A. *Hostos y el positivismo en Santo Domingo*, Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1981, p. 56.

⁵⁹ Hostos, E.M. *Tratado de Moral*, en *Moral Social. Sociología*. Edi. cit. pp. 62-63

⁶⁰ Rodríguez, C. R.: «Varona y la trayectoria del pensamiento cubano», en: *Homenaje a Enrique José Varona*, Municipio de La Habana, 1949, p. XXV.

⁶¹ Sobre estas diferencias de Varona con Augusto Comte véase su artículo «El positivismo», en: *Revista de Cuba*, T. III, La Habana, marzo de 1878, pp. 193-209.

⁶² Agramonte, R.: *El pensamiento filosófico de Varona*, La Habana, Editora Universitaria, 1935, p. 83.

⁶³ Varona, E. J.: «Ojeada sobre el movimiento intelectual en América», *Estudios y conferencias*, La Habana, Edición oficial de Enrique José Varona, 1936, p. 86.

⁶⁴ Varona, E. J.: «El imperialismo a la luz de la sociología», en: *Antiimperialismo y república*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1970, p. 112.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 128.

⁶⁶ Kon, I. S.: *Der Positivismus in der Soziologie*, Berlín, Akademie Verlag. 1968, p. 105.

⁶⁷ Vitier, M. *Las ideas y la filosofía en Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1970, p. 422.

⁶⁸ Varona, E. J. «Cavete, cónsules», en: *Violetas y ortigas*, La Habana, Edición oficial de Enrique José Varona, 1938, p. 238.

⁶⁹ Varona E. J. *Con el eslabón*, Manzanillo, Editora El arte, 1927, p. 43.

⁷⁰ Véase: Guadarrama, P. *Democracia y derechos humanos: visión humanista desde América Latina*. T. I y II. Taurus-Peguin Random House. Bogotá. 2016.

⁷¹ Varona E. J. «Balance» en: *Artículos*, La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación; 1959, p. 302:

⁷² E. J. Varona: «El positivismo», en: *Estudios literarios y filosófica*: La Habana, Imprenta La Nueva Principal, 1883, p. 27.

⁷³ Marinello, J. «Respuesta a un cuestionario sobre Enrique José Varona presentado por Pablo Guadarrama», Santa Clara. *Islas*, Revista de la Universidad Central de Las Villas. 1976, no. 57. pp. 156-159.

⁷⁴ Varona, E. J. *Con el eslabón*, ed. cit., p. 230.

⁷⁵ Varona, E. J. Manuscrito de su biblioteca personal, La Habana. Libreta *Pensamientos*, Biblioteca Nacional de Cuba. p. 55.

⁷⁶ *Ibidem*.

⁷⁷ *Ibidem*. p. 422.

⁷⁸ *Ibidem*. p. 19.

⁷⁹ Varona, E.J. «Algo que pudo haber contado Zaratustra». *El Figaro*. N. 6. 1903. p. 66.

⁸⁰ Varona, E.J. *Con el eslabón*. Editorial El arte. Manzanillo. 1927.

⁸¹ «La posición de Varona a este respecto acusa, como en general sucede con todo el pensamiento positivista, una definitiva falta de fe en el hombre y por consecuencia en la cultura, pues esta, entendida al modo positivista –que es el modo de entenderla de veras– se tiene por un desvío de lo único que debe interesar al ser humano: el conocimiento con vista a la acción» H. Piñera Llera, «Idea del hombre y de la cultura en Varona». *Homenaje a Enrique José Varona en el centenario de su natalicio*. Publicaciones del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura. La Habana . 1951. t. II. P. 87.

⁸² Varona, E.J. «La moral en evolución». *Estudios literarios y filosóficos*. Imprenta La Nueva Principal. La Habana. 1883. p. 262.

⁸³ Varona, E.J. *Curso de Psicología*. Imprenta La moderna poesía. La Habana. 1905. p. 468.

⁸⁴ Varona, No se pudo buscar el servicio porque no está conectado a Internet. Conéctese y vuelva a intentarlo. «Reflexiones de un elevado». New York, *Patria*. Nov. 1895, p. 85.

⁸⁵ Varona, E.J, «El imperialismo a la luz de la sociología» en *Antiimperialismo y República*, Editorial Ciencias Sociales. La Habana. p. 114.

⁸⁶ Varona, E.J, «Con el eslabón» *Cuba Contemporánea*. La Habana. 1921. XXVI. p. 8.

⁸⁷ Varona, E.J, «Con el eslabón». *Cuba Contemporánea*. La Habana. 1924. p. 207.

⁸⁸ Varona, E.J. *Fundamento de la Moral*. New York. Edit. Appletn. 1914, p. 129.

⁸⁹ Varona, E.J. «Con el eslabón». La Habana. *Cuba Contemporánea*. 1919, A. XXI p. 143.

⁹⁰ Varona, E.J. «Con el eslabón». *Cuba Contemporánea*. 1924. N. 36. p. 203.

⁹¹ Varona, E.J. «A Mis Virginia Pope». *Desde mi Belvedere*. Imprenta Rambla y Bouza. La Habana 1917. p. 228.

⁹² Varona, E.J. «Con el eslabón». La Habana. *Cuba Contemporánea*. 1921, T. XXVII p. 32.

⁹³ Varona, E.J. «Con el eslabón». La Habana. *Cuba Contemporánea*. 1923, No 32. p. 198.

⁹⁴ Varona, E.J. «Con el eslabón». La Habana. *Cuba Contemporánea*. 1919, XIV p. 359.

⁹⁵ Vitier, C. *Ese sol del mundo moral*. La Habana, Ediciones Unión. 2002, p. 83-84.

⁹⁶ Varona, E.J. *Fundamentos de la Moral*. New York, Edit. Appleton. 1914, p. 115.

⁹⁷ Varona, E.J. *Discursos y Conferencias*. Ed. cit. p.424.

⁹⁸ *Ibidem*.

⁹⁹ *Ibidem*. p. 105.

¹⁰⁰ *Ibidem*. p. 127.

¹⁰¹ Varona, E.J. «Ojeada al movimiento intelectual en América». *edi. cit.* p. 5.

¹⁰² Varona, E.J. «Emerson», en: *Revista de Cuba*, La Habana, t. XV, 384, p. 73.

¹⁰³ Varona, E.J. «Los grandes hombres», *Revista Cubana*, La Habana, IV, 1886, p. 87.

¹⁰⁴ *Ibidem*.

¹⁰⁵ Varona, E.J. «El imperialismo a la luz de la sociología», en: *Antiimperialismo y república*, *edi. cit.*, p. 131.

¹⁰⁶ Varona, E.J. «Cánovas», en: *Patria*, New York, Año V, no. 377, agosto de 1897, p. 1.

¹⁰⁷ Véase: Guadarrama, P. *José Martí: humanismo práctico y latinoamericanista*. Editorial Capiro. Santa Clara. 2015.

¹⁰⁸ Varona E.J. «Luz que ofuzca», en: *Patria*, New York, Año V, enero de 1896, p. 217, p. 1.

¹⁰⁹ «Pero los asuntos políticos quedaban firmemente en las manos de los funcionarios españoles; solo pocos venezolanos podían adquirir, nunca ocupando posiciones de primer plano, una relativa experiencia en la gestión de los asuntos políticos y administrativos. Los mantuanos que lego se posicionarían como guías en el proceso de la independencia, sufrían por esta exclusión de la gestión política de la colonia; el deseo de afirmación de esta clase social creará los primeros elementos de conflicto con las autoridades coloniales. La posesión de la tierra, la gestión de la economía y el desarrollo comercial tenían que comportar, como consecuencia inmediata, la búsqueda del poder político que permitieran organizar un Estado más adecuado a sus exigencias y más cercano a los nuevos modelos que se consolidaban en el norte del continente». Scocozza, A, *El gran majadero de América. Simón Bolívar: su pensamiento político y constitucional*. Planeta-Universidad de Salerno-Universidad Católica. Bogotá. 2010. p.28.

¹¹⁰ Varona, E. J. «Jamás Cuba fue servil», en: *Artículos*, Publicaciones del Ministerio de Educación Superior, La Habana, 1959, p. 295.

¹¹¹ Varona, E. J. «Ojeada al movimiento intelectual en América», *Estudios literarios y filosóficos*. *edi. cit.* p. 5.

- ¹¹² Varona, E. J. «Grandes Hombres». *Revista Cubana*. La Habana. 1886. T.IV. p. 87.
- ¹¹³ Varona, E. J. *El imperialismo a la luz de la sociología*. Editorial APRA. La Habana. 1933. p. 131.
- ¹¹⁴ Varona, E. J. «Grandes Hombres». Edi. cit. p. 84.
- ¹¹⁵ *Ibidem*. p. 87.
- ¹¹⁶ «Si Varona no hubiera salvado de la quiebra filosófica a que llegó unas cuantas creencias, no se habría preocupado por teorías que afectaban el porvenir de Cuba. Un ejemplo ilustra el punto: su impugnación a Rodríguez Lendián en el artículo que titula 'Los grandes hombres', (1886) (...) . Allí refutó la tesis, muy en boga durante el siglo pasado, de que son los héroes (de diferentes tipos) quienes, al cabo, determinan el curso de la historia.» Vitier, M. «La personalidad de Enrique José Varona». *Homenaje a Enrique José Varona*. Publicaciones del Ministerio de Educación. La Habana. 1951 T. I. p. 227.
- ¹¹⁷ Varona, E.J. «El ejecutivo y la constitución» *El Figaro*. Año XX. N. 21 La Habana Mayo 22, 1904. p. 250
- ¹¹⁸ Varona, E.J. *Conferencias Filosóficas. Lógica*. Editor Miguel de Villa. 1880. p. 162.
- ¹¹⁹ Varona, E.J. «La metafísica en la Universidad de La Habana» *Estudios Literarios y filosóficos*. Edi. cit. p. 339.
- ¹²⁰ Guadarrama, P. «El positivismo en Manuel Sanguily», en: *Islas*, Revista de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, 1979, no. 64, p. 155.
- ¹²¹ Varona, E. J. «En Filipinas», en: *Patria*, New York, Año 1, no. 288, 3 de octubre de 1896, p. 1.
- ¹²² Varona: E. J. «La raza superior», en: *Patria*, New York, Año V. no. 281, 9 de septiembre de 1896, p. 2.
- ¹²³ Varona. E. J.: «Cuba y sus jueces», en: *Revista Cubana*, La Habana, T. VI, 1887, p. 276.
- ¹²⁴ Varona, E. J.: *Conferencias filosóficas. Lógica*, edi. cit., p. 184.
- ¹²⁵ Varona. E. J. «Ojeada sobre el movimiento intelectual en América», *Estudios y conferencias*, edi. cit., p. 85.
- ¹²⁶ Varona. E. J. «Revista política extranjera», *La lucha*, La Habana, 30 de mayo de 1887, p. 2.
- ¹²⁷ Varona. E. J. «Fundamento de la moral». edi. cit. p. 20
- ¹²⁸ Varona: E. J. «En la República Argentina», en: *Revista Cubana*, La Habana, t. III, 1886, p. 372.
- ¹²⁹ Varona, E. J.: «La escuela de color de San Antonio», *De la colonia a la república*, La Habana, Editado por *Cuba Contemporánea*, 1919, p. 36.
- ¹³⁰ Varona. E. J. «A los conservadores», *De la colonia a la república*, Editado por *Cuba Contemporánea*, La Habana, 1919, p. 256

- ¹³¹ Varona, E. J. «La escuela de color de San Antonio» en *De la Colonia a la República*. *Edi. cit.* p. 35.
- ¹³² Varona, E. J. *De la colonia a la república*, *Edi.,cit.* p, 18.
- ¹³³ Varona, E. J. «La escuela de color de San Antonio» en *De la Colonia a la República*. *Edi.,cit.* p 35.
- ¹³⁴ Varona, E. J. «El fracaso colonial de España» en *De la Colonia a la República*. *Edi.,cit.* p 129.
- ¹³⁵ Iglesia Martínez, T. «Organización de la república neocolonial» en Instituto de Historia de Cuba. *Historia de Cuba. La neocolonia*. Editora Política. La Habana. 1998. p. 93.
- ¹³⁶ Varona, E.J. *Conferencias filosóficas. Moral* *Edi. Cit.* p. 173.
- ¹³⁷ *Ibidem.* p. 133.
- ¹³⁸ Varona, E.J. *Fundamentos de la moral* *Edi. Cit.* p. 20.
- ¹³⁹ Varona, E.J. «Dos teorías sobre el amor (Platon y Michelet)» Discurso en La Caridad del Cerro. *Trabajos sobre Educación y enseñanza*. *Edic. cit.* p. 68.
- ¹⁴⁰ «Autores como Le Bon, Dalaunay y otros atribuían a la mujer una inferioridad intelectual, física y moral». Naranjo Orovio, C y A. García González. *Racismo e inmigración en Cuba en el siglo XIX*. Ediciones Doce Calles. Madrid. 1996. p. 160.
- ¹⁴¹ *Ibidem.*
- ¹⁴² Varona, E.J. «Conferencia del Sr. Montoro». *La Lucha*. Vol. I n. 3. La Habana. 24 diciembre 1882. p. 19.
- ¹⁴³ Varona, E.J. «Idea de Mlle. De Scudery sobre la educación de las mujeres. En *Trabajos sobre educación y enseñanza*. Compilador Elías Entralgo. Comisión Nacional Cubana de la UNESCO. La Habana. 1961. p. 52.
- ¹⁴⁴ Antuña, V. «Ideas de Varona sobre la mujer» *Homenaje...* *Edi. Cit.* 1951 Tl. p. 241.
- ¹⁴⁵ Varona, E.J. Idea de Mlle. De Scudery sobre la educación de las mujeres. En *Trabajos sobre educación y enseñanza*. *Edi. cit.* p. 53.
- ¹⁴⁶ Varona, E.J. «Dos teorías sobre el amor (Platon y Michelet)» *Desde mi Belvedere*. *edi. cit.* p. 69.
- ¹⁴⁷ Varona, E.J. «Las niñas en la segunda enseñanza». En *Trabajos sobre Educación y enseñanza*. *Edi. cit.* p. 68.
- ¹⁴⁸ Varona, E.J *Conferencias Filosóficas. Lógica*. *Edi. Cit.* p. 5.
- ¹⁴⁹ Varona, E.J La crítica en crisis». *Cuba Contemporánea*. La Habana. 1917. p. 37.
- ¹⁵⁰ Varona, E.J *Pensamientos* (Manuscritos. Biblioteca Nacional de Cuba). p. 66.
- ¹⁵¹ Roa, R. «Enrique José Varona y nuestra generación.» En *Homenaje ...* *Edi. Cit.* T. I. p. 261.
- ¹⁵² *Idem.* p.260.
- ¹⁵³ Valle, del R. «Varona y la juventud». En *Homenaje ...* *Edi. cit.* T. I. p. 294.